

**EL TEATRO.**

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

**CONVIDADO DE PIEDRA,**

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA

SOBRE EL DRAMA DEL MISMO TÍTULO

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO,

MÚSICA

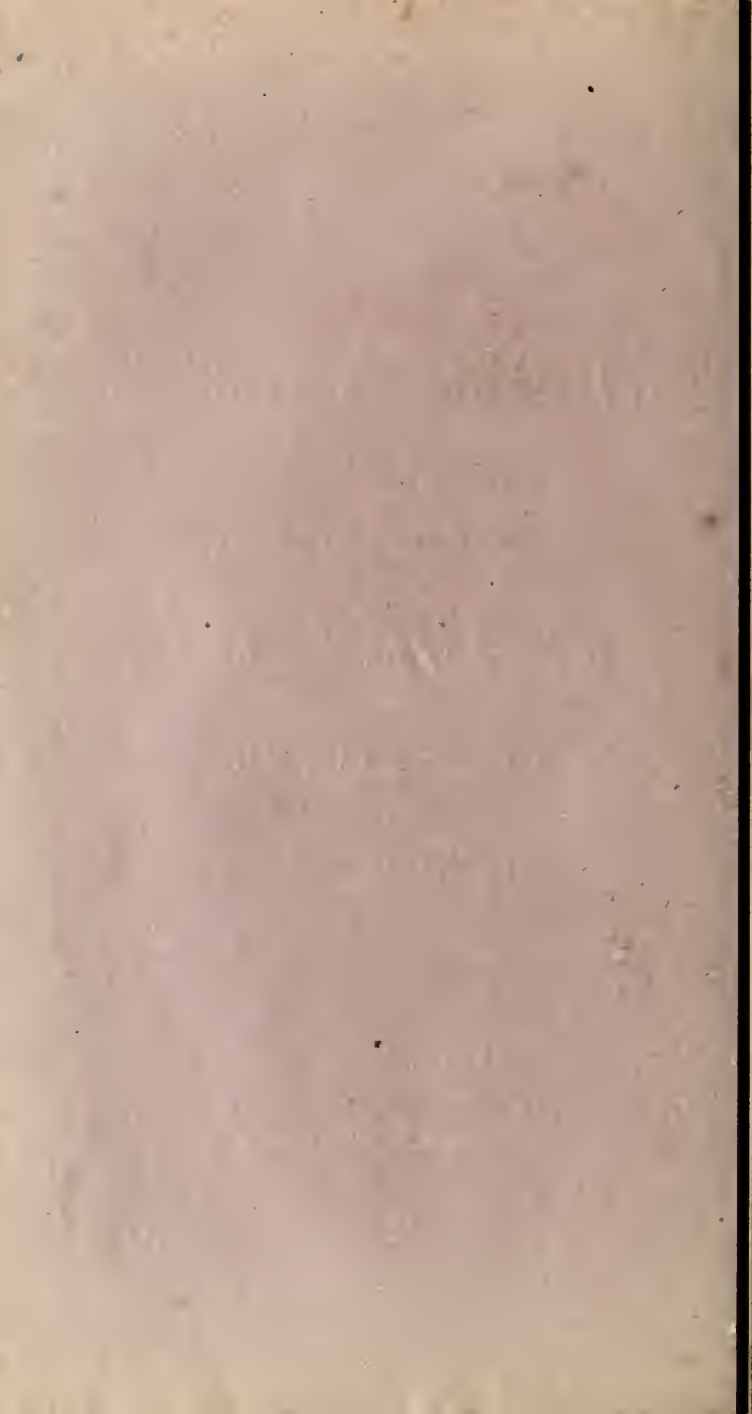
DEL MAESTRO MANENT.

BARCELONA:

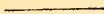
IMPRENTA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.

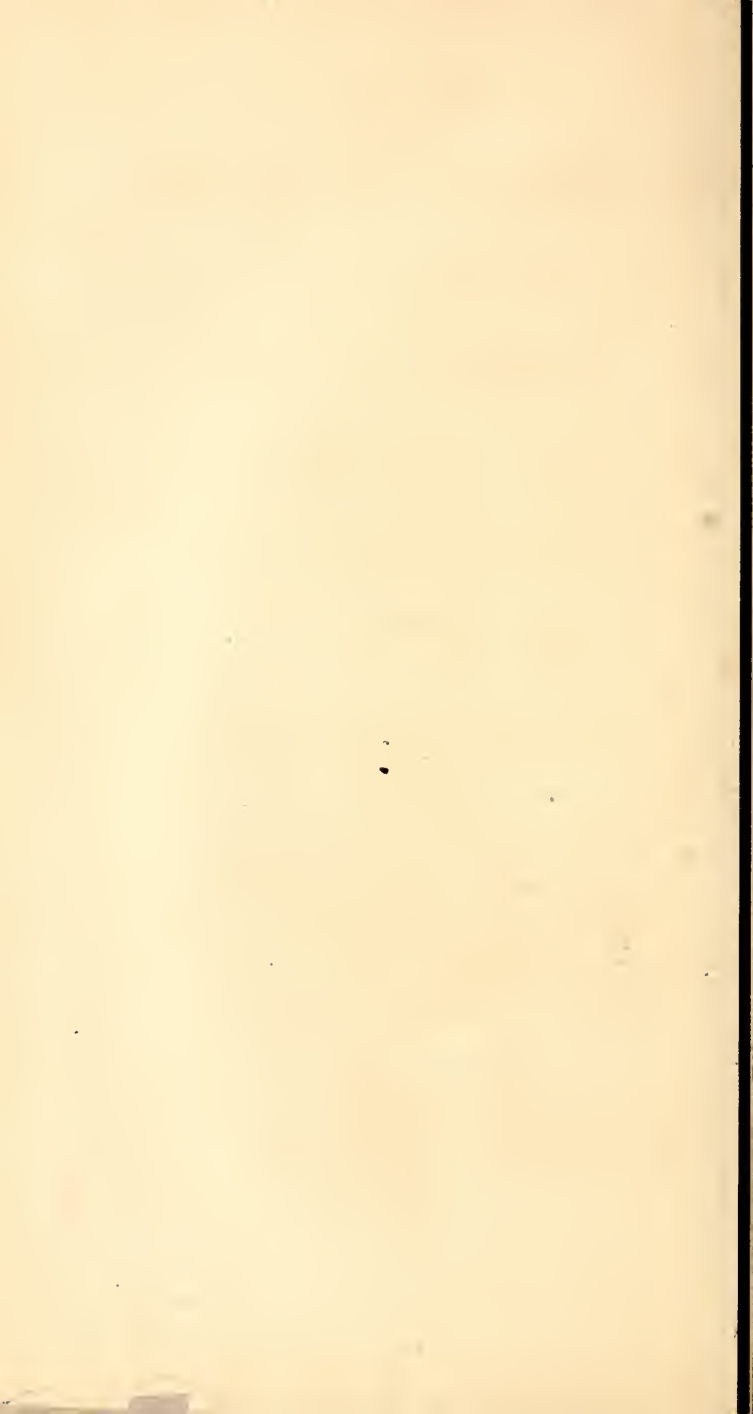
1875.

8



EL CONVIDADO DE PIEDRA.





EL  
CONVIDADO DE PIEDRA,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA

SOBRE EL DRAMA DEL MISMO TÍTULO

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO,

MÚSICA

DEL MAESTRO MANENT.

ESTRENADA CON SATISFACTORIO ÉXITO

EN EL TEATRO

CIRCO BARCELONÉS,

LA NOCHE DEL 30 DE OCTUBRE DE 1875.

---

BARCELONA :

IMPRESA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.

1875.

Personajes.	Actores.
D. <sup>a</sup> ANA DE ULLOA. . . . .	Srita. ESTEVAN.
D. <sup>a</sup> BEATRIZ DE FRESNEDA. . . . .	Sra. MARTIN.
LA SALADA (1). . . . .	» VIADA.
UNA DUEÑA. . . . .	» CELDRAN.
D. JUAN TENORIO. . . . .	Sr. ROUSET.
D. LUIS DE FRESNEDA. . . . .	» SOLER. (D. Enrique)
D. GONZALO DE ULLOA. . . . .	» BANQUELLS.
CAMACHO. . . . .	» TORRES.
D. DIEGO TENORIO. . . . .	» ALENTORN.
RAMON. . . . .	» BORRELL.
EL MARQUÉS DE UREÑA. . . . .	» FARRENY.
ESTUDIANTES, CABALLEROS, HOMBRES Y MUJERES DE PUEBLO.	

(1) En las compañías de zarzuela de corto personal, puede hacer una misma actriz los papeles de *D.<sup>a</sup> Beatriz* y *Salada*.

La acción pasa en Sevilla en los primeros años del siglo XVI.

Las empresas que deseen poner en escena esta zarzuela pueden dirigirse para la adquisición de la música á D. Joaquín Casas, Archivero de música.— Barcelona.

Todas las indicaciones marcadas en la partitura, deben hacerse en la representación.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin su consentimiento ni en España ni en sus posesiones de Ultramar.

Los Sres. Comisionados de la Galería dramática *El Teatro* son los únicos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# ACTO PRIMERO.

---

Orillas del Guadalquivir, en Sevilla, en la noche de la verbena de San Juan. Puestos de confitura caprichosamente iluminados.

## ESCENA PRIMERA.

DAMAS, CABALLEROS, VENDEDORES *rodeando á* LA SALADA.  
*Despues* D. JUAN TENORIO, D. LUIS DE FRESNEDA *y el*  
MARQUÉS DE UREÑA.

### CORO GENERAL.

No hay mas que ver,  
no hay mas que oír,  
es la sirena  
del Guadalquivir.  
Canta, canta Saladita,  
que es muy dulce tu cantar.  
Canta, canta, que otra copla  
anhelamos escuchar.

### SALADA.

Gracias, gracias, caballeros,  
agradezco tal bondad  
y me duele no agradaos,  
mas la queda va á sonar.

CORO.

Nada temas, que la ronda  
esta noche no vendrá.  
Canta, canta, Saladita,  
que enamora tu cantar.

SALADA.

Por serviros, otra copla  
solamente he de cantar.

¡Ay!... ay!... ay!...  
de la flor que entre abrojos  
solo encuentra en la vida  
penas y enojos.  
Mal haya el amor, mal haya  
y la mujer que le siente;  
cuanto mas tierno se muestra  
mas malas partidas tiene.

¡Ay! corazon!...  
Cual te maltrata el hombre  
sin compasion.

*(Al terminar, se oyen las campanas tocando y queda. Todos quedan suspensos, y mientras tanto se oye dentro el coro de la Ronda.)*

CORO DE LA RONDA, *(dentro)*.

Sevillanos, terminen las fiestas,  
que la queda tocando está ya;  
el jaleo y la broma concluyan,  
y el castigo, con ello evitad.

CORO GENERAL EN ESCENA.

No hagas caso, Saladita,  
da comienzo á otro cantar.  
No te ocupes de la ronda  
que hasta tí no llegará.



SALADA.

¡Ay!... ay!... ay!...  
que pena siente el alma  
cuando un ingrato roba  
su dulce calma.

Un loco, me dijo un día,  
que eran los hombres muy malos;  
por no haber querido creerle  
por un hombre estoy llorando.

¡Ay! corazón!...  
jamás, del hombre, creas  
en la pasión.

CORO DE LA RONDA. (*Algo mas cerca*).

Las campanas de la queda  
otra vez sonando están,  
cesen, cesen, ya las fiestas  
y el silencio reine ya.

CORO DE ESCENA.

No hagas caso, Saladita,  
da comienzo á otro cantar.  
No te ocupes de la ronda  
que hasta tí no llegará.

SALADA.

Imposible caballeros,  
que la ley bien clara está :  
esperad hasta mañana  
y otra vez me oireis cantar.

(*Durante el canto anterior han aparecido en escena por distintos lados D. Juan Tenorio, acompañado del Marqués, algunos caballeros, Camacho y D. Luis de Fresneda. Ambos van recatándose el rostro con los embozos*).

HABLADO.

- D. LUIS. *(Aproximándose al grupo y poniendo una moneda en mano de la Salada).*  
Un ducado por que cantes.
- D. JUAN. *(Acercándose á su vez y dándole otra moneda).*  
Yo niña, doblo la puesta ;  
con que á cantar de contado  
mientras mi bolsa esté llena.
- SALADA. Tantas gracias, caballeros ;  
mucho estimo sus finezas ;  
mas los edictos del rey  
me impiden que os obedezca.
- D. LUIS. Mi voluntad es primero  
y aquestos ducados, prenda.  
*(La da nuevas monedas).*
- D. JUAN. Jamás donde yo me encuentro,  
ni en dádivas, ni en ofertas,  
ni en estocadas, ni amores,  
hubo quien valer pudiera  
mas que yo. ¿ Te dan ducados?...  
Yo te doy esa cadena  
que pesa algunos doblones ;  
y canta, que me impacientas.  
*(Se quita una cadena que lleva al cuello y se la pone á Salada).*
- CAMACHO. *(Viento de regalos corre,  
presto vendrá la tormenta).*  
*(Á D. Juan en voz baja).*  
Señor, dad paso á la mano,  
y no os ciegue esa morena.
- D. JUAN. ¿ Por qué?
- CAMACHO. Porque es la Salada.  
¿ Recordais? La ahijada vuestra.
- D. JUAN. ¡ Diablo! Garrida moza  
se hizo ya la rapazuela.

- LUIS. *(A Salada).*  
¿Pero cantas?
- SALADA. No me atrevo.
- JUAN. Hazlo por mi gusto, prenda.
- LUIS. Cantará por mi mandato.
- JUAN. *(Á D. Luis).*  
Ved que doblo la fineza,  
y si con oro no os venzo  
el hierro quizás os venza.
- D. LUIS. Pues hablen ya las espadas  
y queden mudas las lenguas.
- CAMACHO. Señor...
- D. JUAN. Silencio.
- CAMACHO. *(Lo dije:*  
la tempestad está cerca).
- SALADA. *(Á D. Luis).*  
Señor, señor, no hagais tal.
- D. LUIS. Has de cantar á la fuerza:  
del que quede vencedor  
será tu voz recompensa.  
*(Saca la espada).*
- D. JUAN. Plácenle mucho á D. Juan  
Tenorio tales empresas.
- D. LUIS. *(Desembozándose y corriendo hácia D. Juan lleno  
de alegría).*  
¡D. Juan!
- D. JUAN. ¡D. Luis!
- D. LUIS. Por mi nombre,  
que pesárame si hubiera  
con vos cruzado mi acero.
- D. JUAN. Mi mano, D. Luis, es esta
- D. LUIS. Ved la mia y cesen ya  
las importunas querellas,  
que el placer de recobraros  
con ventaja le supera  
á la dicha de escuchar

- enamoradas endechas.
- CAMACHO. (Valiente placer tendrás cuando sepas que corteja á D.<sup>a</sup> Beatriz, D. Juan, y que no bastan las rejas para galan cual mi amo. Menuda va á ser la gresca).
- D. JUAN. Me place veros, D. Luis, tan mi amigo, y como prueba de lo mucho que os estimo, venid en compañía nuestra á la vecina hostería, y vaciando botellas, á mi salud bebereis y yo beberé á la vuestra.
- D. LUIS. Honráisme mucho, D. Juan.
- CAMACHO. (Y mas de lo que te piensas).
- D. LUIS. ¿Cuándo llegásteis?
- D. JUAN. Tres días en Sevilla cuento apenas.
- MARQUÉS. Y ya suspira por él mas de una linda doncella.
- D. LUIS. Siempre el mismo.
- D. JUAN. Es natural, porque en edad tan proveccta no es fácil se modifique quien tuvo tales ideas.
- D. LUIS. Vamos á beber, señores, que tengo gran impaciencia por conocer de D. Juan la historia de sus proezas como soldado y galan, durante su larga ausencia.
- D. JUAN. Vamos, amigos. Camacho...  
(*Á sus compañeros y despues separándose con Camacho un poco, hablándole en voz baja*).

Permitid... Vé con presteza,  
y de Beatriz y de Ana  
tráeme venturosas nuevas.  
Vuelve pronto, y tu magin,  
pon, buen Camacho, á prueba.

CAMACHO. Está muy bien.

D. JUAN. ¡Ah! procura  
saber donde se alberga  
la Salada.

CAMACHO. Pero...

D. JUAN. Marcha.

*(Volviéndose á los demás).*

Caballeros, á la mesa.

*(Se dirigen todos por la izquierda. Camacho y Salada y parte de pueblo quedan en escena.)*

### MUTACION.

Interior de una hostería. Mesas y sillas. Entran por el foro D. Juan, D. Luis, el Marqués, D. Diego Tenorio, que queda entre los caballeros y gente del pueblo, oculto el rostro por el embozo.

### ESCENA II.

D. JUAN, D. LUIS, MARQUÉS, D. DIEGO, *caballeros y gente del pueblo.*

MARQUÉS. Este D. Juan, siempre igual.

D. JUAN. Siempre lo mismo, señores.

MARQUÉS. En pependencias y en amores  
no tiene ningun rival.

D. JUAN. Mal hicieron, á fe mia,  
en desterrarme de aquí;  
tres dias ha que volví...

D. DIEGO. *(Y á escándalo va por dia).*

D. LUIS. Sentaos y bebed, señores

D. JUAN. Sírvenos bien, hosterero.

UNESTUD. Es galan el caballero.

UN HOMB. Y en valor, de los mejores.

D. LUIS. ¿Con que Francia?...

D. JUAN. ¡ Brava tierra

para lidiar y querer !  
buscando amor y placer  
tomé mi parte en la guerra.  
Con el hierro prevenido  
y el traje bien perfumado,  
triunfé como enamorado  
y nunca en lid fui vencido.  
Ora mi piel traspasaba  
en ruda lucha el acero,  
ora un acento hechicero  
sus amores me contaba ;  
y peleando, y queriendo,  
y frases de amor jurando,  
y el juramento olvidando,  
un año pasó corriendo.  
Modelo, por lo inconstante,  
llamábanme las mujeres...  
De la mujer, los placeres,  
solo duran un instante ;  
se la persigue, hasta hablarla,  
se la obliga , hasta vencerla,  
basta una hora de quererla  
para despues olvidarla.  
Y en eso son las francesas  
modelo en lo resignadas ;  
bastantes dejé olvidadas  
tras amorosas empresas.  
Mas ninguna tras de mí  
mandó su deudo ó su amigo,  
aunque es verdad que conmigo  
poco ganaran así.  
Que si no admito encubiertos  
que figoneen mis amores,

menos admito, señores,  
desfacedores de entuertos,  
y como supe vencer  
á quien me vino á buscar,  
en paz me llegué á quedar  
para olvidar y querer.

MARQUES.

¿Y en Italia?

D. JUAN.

Allí encontré  
de todo, de malo y bueno;  
hay allí mucho veneno  
que apenas ninguno vé.  
Vehemente, provocativa  
es la italiana, sí tal;  
mas tampoco tiene igual  
en su saña vengativa.  
Belleza, pasión, venganza  
miré ante mí de contino,  
pero á D. Juan, el destino,  
si es adverso, no le alcanza.  
Rica pradera de flores  
á mi ansiedad se ofreció,  
flores que presto agostó  
el fuego de mis amores.  
Altiva y noble señora,  
humilde transtiverina,  
inocente campesina  
ó risueña pescadora,  
todo mi amorosa llama  
recorre con sed impaciente;  
todo cede humildemente  
ante el fuego que me inflama.  
Y suelta la rienda, asalto  
sin fijarme en la distancia,  
desde la mísera estancia  
hasta el palacio mas alto.  
- Me persiguen los maridos,

me amenazan los amantes,  
los corchetes vigilantes  
úñense á los ofendidos,  
mas, ¿qué me importa el tropel  
siendo mi valor notorio?  
Donde está D. Juan Tenorio  
la victoria está con él.

MARQUÉS. ¡Bravo, D. Juan! y recuerdo  
¿no conservais de ninguna?

D. JUAN. Guardara si fuese una,  
mas de tantas no me acuerdo.

CAB. 1.º ¡Qué galan mas inconstante!

D. JUAN. ¡La constancia!... ¡Tontería!

¿Cómo, si no, gozaria  
de ese placer delirante?

¿No es la mujer una flor?

¿y á la flor no la aspirais

y mas tarde la arrojais

cuando ha perdido su olor?

¿Pues qué crimen ha de ser

que yo aspire los amores,

y lo que haceis con las flores

lo haga yo con la mujer?

MARQUÉS. Siempre el mismo.

D. JUAN. Hasta morir.

D. LUIS. Bravo, D. Juan, y una vez  
que habeis venido ¡par diez!  
nos vamos á divertir.

Que siendo galanteador  
y hermosas las sevillanas,  
querreis de vuestras paisanas  
poner á prueba el amor.

D. JUAN. Harto sabeis que al marchar  
recuerdos de mí dejé;  
ahora, amigos, volveré  
mi pasado á recordar.



Y pues la noche procura  
cien aventuras galantes,  
aprovechar los instantes  
aconseja la cordura.  
Bebamos y del placer  
lancémonos al camino;  
con buena noche y buen vino  
solo falta una mujer.

D. LUIS. Bien dicho, vamos allá.

Bebamos (*beben*).

D. JUAN. (*Mirando*). ¿Y mi criado,  
que me ha de dar un recado  
y no ha venido?...

MARQUÉS. (*Señalando á Camacho que entra por el foro*).

Ahí está.

### ESCENA III.

*Dichos, CAMACHO.*

(*Se dirige D. Juan hácia Camacho y habla en voz baja con él*).

D. JUAN. Con vuestra vénia, señores.

¿Viste á Beatriz?

CAMACHO. Si por Dios.

D. JUAN. ¿Y D.<sup>a</sup> Ana?

CAMACHO. Piensa en vos.

D. JUAN. ¿Y esperan?...

CAMACHO. Locas de amores.

D. JUAN. ¿Te dió la cita?

CAMACHO. Á las diez.

D. JUAN. ¿Y la dueña?

CAMACHO. Ya caerá.

D. JUAN. ¿Vendrá á mi casa?

CAMACHO. Vendrá.

D. JUAN. ¿Y habrá oposicion?

- CAMACHO. Tal vez.
- D. JUAN. ¿Salada?...
- CAMACHO. Se va á casar.
- D. JUAN. ¡Cómo!
- CAMACHO. Sí tal, esta noche.
- D. JUAN. Vé ahí una flor cuyo broche  
es necesario aspirar.
- CAMACHO. Pero señor.
- D. JUAN. Dí al marido  
que á la boda asistiré  
y la fiesta pagaré.
- CAMACHO. ¿Estais en vos?
- D. JUAN. ¿No has oido?  
La Salada me acomoda.
- CAMACHO. Harto así lo considero.
- D. JUAN. Veré á Beatriz lo primero  
y despues iré á la boda.  
*(Se separa D. Juan de Camacho y se dirige á sus  
amigos).*
- Señores, cuando gusteis.
- MARQUÉS. Cuando os plazca.
- D. JUAN. Pues marchemos,  
y si aventuras queremos  
conmigo siempre tendreis.  
*(Van á salir, cuando se adelanta D. Diego y le  
corta el paso).*
- D. DIEGO. *(Desembozándose).*  
¡D. Juan!...
- D. JUAN. *(Contrariado).*  
¡Mi padre!
- D. DIEGO. Quisiera  
con vos un momento hablar.
- D. JUAN. La ocasion no es oportuna.
- D. DIEGO. Es preciso.
- D. JUAN. *(Á sus amigos).*  
Perdonad

si otra vez vuelvo á obligaros  
á esperarme.

MARQUÉS. No hay que hablar.

Siendo tan justo el motivo...

D. JUAN. Presto mi padre se irá  
y al momento...

MARQUÉS. Fuera estamos.

D. JUAN. No os haré desesperar.

*(Vánse D. Luis, Marqués y caballeros).*

#### ESCENA IV.

D. JUAN, D. DIEGO y CAMACHO.

CAMACHO. (Gran tempestad se prepara  
segun trae el viejo la faz).

D. JUAN. Ya veis que están aguardando.

D. DIEGO. Harto me hiciste esperar  
que tus locos devaneos  
tuviesen término ya.

D. JUAN. Si con sermones venís,  
templar podeis vuestro afan,  
que humanas reconvenciones  
no me pueden obligar.

D. DIEGO. Es decir que vuestro pecho  
cerrado al honor está;  
que es vuestro sino en la tierra  
sembrar por doquier el mal;  
que rechazais el acento  
de paterna autoridad,  
y que siendo ya mal hijo,  
mal caballero será  
quien rechaza la justicia  
del reproche paternal.

D. JUAN. ¡Vive Dios! que si esas canas  
no me hicieran respetar

aun mas que al padre, el anciano,  
yo os obligara á callar.

D. DIEGO. Sellad el labio, selladle,  
y tanto ardor refrenad;  
que aunque viejo y vos tan mozo,  
aun sé hacerme respetar.  
Tres dias há que á Sevilla  
tornásteis por nuestro mal,  
y tres dias há que el escándalo  
pregona que estais acá.  
Corregido os suponía,  
que no pude sospechar  
que quien malas mañas tiene  
nunca ceja en la maldad,  
y al saber vuestra conducta,  
un desengaño fatal  
recibí. El Comendador,  
con quien pude concertar  
la union de su hija Ana  
con vos, ceñuda la faz  
y su enojo refrenando  
á duras penas, á hablar  
me vino ayer, y sus quejas  
harto fundadas están.  
Suplicóme rescindiera  
el compromiso formal  
que contrajera conmigo,  
y no me pude negar;  
que quien cual vos en orgías  
solo culto al vicio dá,  
y entre mujeres perdidas  
y rufianes sin lealtad,  
en reyertas y amoríos  
cada vez se pierde mas,  
no merece que una honrada  
doncella le pueda dar

con su mano, su honra y fama,  
cuando él infamado está.

D. JUAN. Poned ya coto á la lengua,  
padre y señor, que en verdad  
de mí mismo me sorpendo  
al ver que os pude escuchar.

D. DIEGO. Tambien á mí me sorpende  
que la divina bondad  
permita se engendren hijos  
que nos puedan deshorrar.

D. JUAN. Si D. Gonzalo rechaza  
el trato matrimonial  
concertado, prevenidle  
que vigile sin cesar;  
que si no me da á su hija  
por su propia voluntad,  
por la mia, á D.<sup>a</sup> Ana  
sabré yo solo ganar.

D. DIEGO. ¿Qué dices?

D. JUAN. Lo dicho, padre,  
y yo nunca dije mas  
que lo que siempre cumplí;  
y adios, que aguardandò están  
mis amigos y no es justo  
hacerles mas esperar.

D. DIEGO. Pero D. Juan...

D. JUAN. Es inútil,  
no trateis de verme ya,  
que si yo no fui á veros  
bien debísteis sospechar  
que me cargan los sermones  
del afecto paternal.  
Vamos, Camacho.

CAMACHO. (El diablo  
no pudiera decir mas ).  
(*Vanse D. Juan y Camacho*).

D. DIEGO. ¡ Dios mio! Tú que le escuchas,  
da al olvido su impiedad;  
que aun cuando malo, es mi hijo,  
y ha de dolerme su mal.  
Mas es preciso advertir  
á D. Gonzalo. Quizás  
impulsado por la ira  
tratase de atropellar  
su casa, y para evitarlo  
que alerta esté bastará.  
*(Vase foro izquierda).*

### MUTACION.

Calle y ángulo formado por la casa de D.<sup>a</sup> Beatriz. Ventana con reja  
en el piso bajo. Se oye á lo léjos el Coro de estudiantes.

CORO DE ESTUDIANTES, *(dentro)*.

Vivan las sevillanas,  
viva mi niña,  
que no hay como su garbo  
otro en Sevilla.

—  
Cuando vas por la calle,  
hasta en el cielo  
dicen los angelitos:  
—«¡ Vaya un salero!»—  
Y con tu garbo,  
curas tú mas enfermos  
que el boticario.

*(Va alejándose el Coro, y por el lado opuesto aparecen don Juan y Camacho; este lleva una guzla morisca ó un mandolin italiano).*

ESCENA V.

D. JUAN y CAMACHO.

- D. JUAN. Por fin se alejan los mozos.  
¡ Vaya, si estaban pesados!
- CAMACHO. Y si es noche de jolgorio,  
¿ qué hallais en eso de estraño?
- D. JUAN. Si continuan mas tiempo,  
yo te prometo que salgo  
y pongo fin á la fiesta.
- CAMACHO. Y aquí nos muelen á palos.
- D. JUAN. Vamos, avanza sin miedo,  
ya que libres nos dejaron.  
Ten el hierro prevenido  
y adelante sin cuidado.
- CAMACHO. Eso el decirlo es muy fácil,  
mas yo de todo me escamo;  
y como siempre he salido,  
por andar en malos pasos,  
no por mí, sino por vos,  
rudamente apaleado,  
cuando aventuras teneis  
siento un temblor soberano.
- D. JUAN. Camacho, tú eres cobarde,  
y no has de serlo, Camacho.  
Válate tu gran destreza  
para eumplir mis encargos,  
que si no... yo te aseguro  
que á fuerza de linternazos  
infundiérate el valor  
de que estás necesitado.
- CAMACHO. Lo que es por apalearme  
bien lo hicieron los estraños;  
y si creeis que es remedio

para curar tal empacho,  
lo que es los que á mí me dieron  
efecto hicieron contrario,  
pues si antes era gallina  
ahora ya soy *gallinazo*.

D. JUAN. Camacho, no me impacientes.

CAMACHO. ¿Y cómo he de impacientaros,  
si de esa falta, las culpas  
sufriéralas mi espinazo?  
¡Señor! ¿no visteis un bulto  
á aquella pared pegado?

D. JUAN. El miedo te hace ver bultos,  
Camacho, por todos lados.  
De una puñada en los ojos  
quitárate ese nublado,  
si no mirase que estás  
conmigo hace tantos años.

CAMACHO. Ese D. Luis de Fresneda,  
que de esa dama es hermano,  
me infunde un pavor terrible.  
Con sus disformes mostachos,  
sus votos y su tizona,  
me tiene desazonado.

D. JUAN. Pues que se oponga D. Luis,  
tan fanfarron y tan bravo,  
y veremos de qué sirve  
su oposicion ni su brazo.

CAMACHO. No provoqueis al demonio,  
porque pudiera escucharos.

D. JUAN. Vamos, abrevia sandeces,  
que de impaciencia me abraso.  
Doña Beatriz me enamora,  
y es, por mi fe, necesario,  
que el fuego que me consume  
temple el fresco de sus labios.

CAMACHO. (El pecho de mi señor



es un tonel desfondado,  
donde cuanto mas penetra  
mas falta para llenarlo).

D. JUAN. Deja que yo suelte al viento  
este acento enamorado,  
y al escucharle Beatriz  
acudirá á su reclamo.

CAMACHO. Como gustéis. (Yo tambien  
este miedo soberano  
entretendré, á mi señor  
con mi voz acompañando ).

### CANTO.

*(D. Juan se apoya en el ángulo de la casa de Doña Beatriz,  
y canta acompañándose con la guzla que le da Camacho).*

D. JUAN.

Niña adorada del alma mia,  
flor de las flores de Andalucía,  
blanca azucena, cándida y pura,  
ensueño casto de mi ventura.

¿En dónde estás,  
que al llamarte mi acento  
no vienes ya?

CAMACHO.

¡Válgame Dios, y qué suerte  
que á mí el destino me da,  
mirar cual come mi amo  
y yo en ayunas estar!

D. JUAN.

Luz de mis ojos, niña hechicera,  
de amor rendido, tu amante espera;  
por contemplarte, diera mi vida,

que eres del alma, la luz querida.  
¿ En dónde estás,  
que al llamarte mi acento  
no vienes ya?

CAMACHO.

En el reparto del mundo  
hubo muy poca igualdad;  
tres hembras le dió á mi amo,  
y á mí ninguna me da.

HABLADO.

D. JUAN. Pues, señor, sigue el silencio.

CAMACHO. Escuchad.

D. JUAN. Si no me engaño  
abren.

CAMACHO. Si, tal.

D. JUAN. Déjame  
y observa bien, por si acaso.

*(Se retira Camacho y Doña Beatriz aparece en la reja).*

## ESCENA VI.

D. JUAN, D.<sup>a</sup> BEATRIZ y despues CAMACHO.

D. JUAN. D.<sup>a</sup> Beatriz.

D.<sup>a</sup> BEATR. Mi señor.

D. JUAN. Bien haya la luz del alba,  
que asomando en vuestra reja,  
iris de dicha en mis ansias,  
compensa la desventura  
que vuestra ausencia me daba.

D.<sup>a</sup> BEATR. Callad, señor, que al oiros,  
á mi pesar se va el alma  
tras vuestro acento.

D. JUAN.

Pues deja

que tras mi tierna palabra,  
tu alma, Beatriz hermosa,  
enamorada se vaya ;  
que si su instinto te dice  
que accedas á mi demanda,  
crée del alma los instintos,  
que pocas veces se engañan.

D.<sup>a</sup> BEATR. ¡ Ay D. Juan ! yo no comprendo

qué irresistible mágia  
en vuestro acento llevais,  
que aturdida, fascinada,  
como débil mariposa  
que vuela en torno á la llama,  
me dejo arrastrar al fuego  
de vuestra ardiente palabra.

D. JUAN.

Es el amor que me inspira  
tu hermosura sobrehumana  
quien presta el fuego á mis labios  
en que tu seno se abraza.  
No temas venga el olvido  
tras el favor que se alcanza,  
que si la sed es ardiente,  
cual la que siente mi alma,  
cuánta mas agua se bebe,  
se anhela beber mas agua.  
Ten piedad de mi tormento  
y ese rigor que me mata  
amengua, prenda querida.

D.<sup>a</sup> BEATR.

Teneis, señor, una fama  
que, á mi pesar, me amedrenta.  
Dicen que olvidais mañana  
á la que hoy os adora ;  
que dó posais vuestra planta,  
tórnanse en flores marchitas  
las que ayer fueron lozanas ;

que fascinais un instante  
para causar pena amarga :  
y tales cosas he oido,  
que amante y enamorada,  
y sintiendo, á pesar mio,  
que hácia vos se va mi alma,  
temo me alcance la suerte  
que á tantas les alcanzara.

D. JUAN. Patrañas del necio vulgo,  
y solamenté patrañas  
es tan solo cuanto dicen,  
D.<sup>a</sup> Beatriz, de mi fama ;  
si he abandonado á algunas,  
que de mi amor se fiaran,  
fue porque no hallaba en ellas  
lo que mi pecho buscaba.  
Mas hoy, que al cabo encontré  
virtud y belleza tanta,  
no temais que dé al olvido  
lo que tanto adora el alma.

*(Se oye el Coro de Estudiantes mas cerca).*

D.<sup>a</sup> BEATR. ¡Quién os pudiera creer!

D. JUAN. Desecha esa duda insana,  
y piensa que tu D. Juan,  
á tí tan solo idolatra.  
No me niegues el remedio,  
que mi dolor te demanda,  
que quien tanto amor te ofrece,  
bien merece buena paga,

CAMACHO. Señor, que se acercan.

*(Llegándose á D. Juan).*

D. JUAN. ¿Quién se acerca? Vamos, habla.

CAMACHO. ¿Pues no escuchais sus cantares?

D. JUAN. Dí que á otra parte vayan,  
que aquí está D. Juan Tenorio,  
y no quiere serenatas.

- CAMACHO. ¿Y ellos se irán al momento  
que yo les diga esa gracia?
- D. JUAN. Si no, les haré marchar  
cerrándoles á estocadas.
- D.<sup>a</sup> BEATR. No, por Dios.
- D. JUAN. Nada temais.
- CAMACHO. (Ya lo temen mis espaldas,  
que si él se empeña en zurrarles  
sobre mí vendrá la danza).  
Ya están aquí.
- D. JUAN. Voy al punto.
- D.<sup>a</sup> BEATR. ¡Por piedad!
- D. JUAN. No escucho nada ;  
estad tranquila, y cerrad  
en tanto vuestra ventana.  
(Cierra la ventana D.<sup>a</sup> Beatriz).

## ESCENA VII.

DICHOS, los ESTUDIANTES, despues D. LUIS.

(Los Estudiantes repiten la estrofa del principio).

- D. JUAN. Basta de canto, ¿lo oísteis?
- EST. 1.<sup>o</sup> ¿Y quién es el que lo manda?
- D. JUAN. Quien no gusta repetir  
dos veces una palabra.
- EST. 2.<sup>o</sup> Dejadnos en paz, compadre.  
Muchachos, siga la danza
- D. JUAN. Una danza de girones  
haré yo en vuestras sotanas  
si no os alejais al punto.
- EST. 1.<sup>o</sup> ¡Hola! venís con bravatas!...  
pues, aunque usamos manteos,  
tambien gastamos espadas.
- D. JUAN. Que me place. Tú, Camacho,

por allí; vamos, canalla.

*(Empieza á pelear).*

EST. 1.º Pronto sabreis si hay valor  
debajo de las sotanas.

CAMACHO. (Cónclave de cintarazos,  
cardenales en mi espalda).

D. JUAN. Atrás, que basto yo solo  
para despejar la plaza.

D. LUIS. *(Saliendo por la izquierda y poniéndose al lado  
de D. Juan).*

Firme, que voy á ayudaros.

CAMACHO. No le arriendo la ganancia,  
que esa gente estudiantil  
no tienen la mano blanda.

EST. 1.º Escapemos.

D. JUAN. ¡Ah, cobardes!

*(D. Juan y los estudiantes desaparecen por la de-  
recha. D. Luis se detiene y se dirige hácia la  
casa de Beatriz).*

### ESCENA VIII.

D. LUIS, CAMACHO, luego D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

D. LUIS. Van huyendo, y en mi casa  
Beatriz estará impaciente.

CAMACHO. Un bulto parece que anda  
por aquí. Sí tal, se acerca  
de Beatriz á la ventana.  
¿Será mi amo?

BEATRIZ. ¡D. Juan!

*(Abriendo la ventana y con voz recatada).*

Nada se siente en la plaza.

¡D. Juan!

D. LUIS. (¿Qué es esto? Beatriz  
con voz recatada llama

á un hombre!... Si acaso fuera  
ese que antes peleaba...

Yo descubriré el misterio  
envuelto en esa llamada.

*(Viendo que se abre la puerta de la casa, y sale  
D.<sup>a</sup> Beatriz).*

¡Cielos! la puerta se abre  
y Beatriz sale á la plaza.

¡Ay, de ella! si la deshonra  
ha penetrado en mi casa.

*(D. Luis se adelanta hácia su hermana y la inter-  
cepta el paso.)*

### CANTO.

D. LUIS.

¿Do vais, señora?

D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

¡Cielos! ¡mi hermano!

D. LUIS.

Temblando estais.

D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

¡Temblar! ¿Por qué?

CAMACHO.

Viva la danza.

Si viene el otro

y aquí se encuentran

se armó el belén.

D. LUIS.

Responded sin dilacion

y calmad mi inquieto afán;

decid quien es el galan  
que causó vuestra afliccion.

CAMACHO.

No es poco pregunton,  
curioso es por demás;  
¡ay! niña, mal estás  
si pierdes la razon.

D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

(Terrible situacion,  
no sé qué contestar,  
no acierto á pronunciar  
ni aun frases de perdon).

D. LUIS.

Responde, hermana mia,  
¿á quién buscas aquí?

D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

Rumores que en la plaza  
ha poco llegué á oir,  
creyendo que un peligro  
te amenazaba á tí,  
en alas de mi espanto  
hiciéronme salir.

CAMACHO.

Mal urdido, mal urdido,  
no ha de engañarle así.

D. LUIS.

Mintiendo está tu labio,  
Beatriz, mintiendo estás;  
yo mismo te he escuchado



nombrar á otro galan.  
Díme, ese hombre,  
díme quien es,  
ó mi venganza  
sentir te haré.

D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

No, no mintió mi labio,  
te dije la verdad.  
Acude, cielo santo,  
mi riesgo á conjurar.  
Tú fuistes ese hombre,  
tan solo á tí llamé,  
y juro que otro nombre  
aquí no pronuncié.

CAMACHO.

No se conforma el mozo,  
que es muy ladino á fe;  
la cándida paloma  
no va á pasarlo bien.

D. LUIS.

Infame guardadora  
del lustre de mi honor,  
si tú le has olvidado  
sabré vengarle yo.  
El hombre que tu labio  
ha poco aquí llamó  
han de saber hallarle  
mi saña y mi rencor.

D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

Piedad, piedad, hermano,  
mitiga ese furor,  
tu honra se halla ilesa,

no la he manchado yo.  
Á tí tan solamente  
mi afecto aquí buscó,  
no dejes que te cieguen  
tu saña y tu rencor.

CAMACHO.

¡Demonio! si la cosa  
va cada vez peor,  
preciso es que al momento  
dé aviso á mi señor.

(*D. Luis se lleva á D.<sup>a</sup> Beatriz hácia su casa, y  
Camacho váse por la izquierda*).

### MUTACION.

Interior de la habitacion de la Salada. Aparecen esta, Ramon y Coro  
de ambos sexos.

### ESCENA IX.

LA SALADA, RAMON, D. JUAN, CAMACHO *y gente del pueblo.*

#### HABLADO.

D. JUAN. Lo dicho; como padrino  
es justo que yo os festeje.  
Ahijada mia es Salada,  
y aunque de casa saliese  
cuando era muy niña aun,  
obligaciones que tiene  
un caballero, jamás  
olvida.

RAMON. Que se agradece  
tan noble cortesanía,  
y podeis contar por siempre  
con pechos agradecidos

entre estas pobres paredes.

D. JUAN. La cena se encuentra lista.  
Vé, Camacho, y haz que cenem ;  
Bebed sin tiento, que aquí  
teneis quien á todo atiende.

UN HOMBRE. Vaya un padrino rumboso.

UNA MUJER. Y es muy galan.

D. JUAN. (*Á Camacho*). (Ya comprendes  
que al marido y á los otros  
emborracharles conviene.

CAMACHO. Entiéndolo.

D. JUAN. Y sobre todo  
que nadie hácia aquí se acerque).

CAMACHO. (Lo que es la que aquí se arme  
va á tener diez perendengues).  
Con que ¿vamos?

RAMON. De contado.  
y tú, Salada, ¿no vienes?

SALADA. Sí tal.

D. JUAN. Y con su padrino.  
Mas antes, si tú consientes,  
á solas debo decirte,  
sobre tus nuevos deberes,  
lo que yo como padrino  
es justo te recomiende.

SALADA. Pues ya lo creo. Id vosotros,  
(*Á Ramon y á sus amigos*).  
que no es justo que desdeñe  
á quien vino dadivoso  
tanta merced á ofrecerme.

CAMACHO. (¡Jesús! que tuno es mi amo ;  
quiera Dios que sus mercedes  
no nos traigan una tunda  
que nos parta).

RAMON. ¿Qué no vienes?  
(*Á Camacho*).

CAMACHO. Al momento.  
D. JUAN. (*Á Camacho*). No te olvides  
de tratar bien á esa gente.

## ESCENA X.

D. JUAN Y SALADA.

(*Ambos quedan contemplándose algunos momentos*).

D. JUAN. (Pues mi ahijada vale un mundo).

SALADA. (Es un noble caballero  
mi padrino).

D. JUAN. Saladita,  
(*Acercándose á ella*).

SALADA. ¿no sabes en lo que pienso?  
Si no lo decís, señor,  
adivinarlo no puedo.

D. JUAN. Pienso, que siendo tan bella,  
con ojos tan hechiceros,  
con esa tez sonrosada  
y esos labios, donde el beso  
retoza provocativo;  
y ese talle tan esbelto,  
y esa gracia que á raudales  
va brotando de tu cuerpo,  
no debe en humilde estado  
vivir prenda de tal precio.

SALADA. Lisonjero habeis venido,  
y no es bien ser lisonjero  
con quien contenta hasta el dia  
no buscó mas alto puesto.

D. JUAN. Envidia de tu marido  
la suerte, que eres modelo  
de discrecion y de gracia.

SALADA. Vos me honrais sin merecerlo.

- D. JUAN. Honrárte mucho mas  
si creyeras en mi afecto.
- SALADA. ¡Pues no he de creer, señor,  
si os debo solo respeto!
- D. JUAN. Menos respeto quisiera  
y mas cariño.
- SALADA. No creo...
- D. JUAN. Salada, tú me enamoras;  
me fascinas con tu acento  
y siento que no he sentido  
jamás lo que estoy sintiendo.
- SALADA. (*Confusa*).  
Señor, os estais burlando,  
y obrar así no está bueno;  
vos tan rico, yo tan pobre,  
hija yo de humilde siervo,  
y vos, señor, poderoso,  
la posicion que tenemos  
á vos os veda mirarme  
y á mí me veda el quereros.
- D. JUAN. Para D. Juan no hay distancia  
cuando ha sentido un deseo.
- SALADA. Para Salada sí existe,  
que es prudente hasta el esceso.
- D. JUAN. Tu prudencia el amor mio  
ya la irá desvaneciendo.
- SALADA. Sois temible para amar.
- D. JUAN. Y tú preciosa en extremo.
- SALADA. Poned coto á las lisonjas,  
galanteador caballero.
- D. JUAN. Apaga tú de esos ojos  
el volcan en que me quemó.
- SALADA. Me alejaré.
- D. JUAN. No harás tal.
- SALADA. Mas ¿callareis?
- D. JUAN. Si no puedo.

Me enamoras.

SALADA. Imposible.

D. JUAN. Te lo juro.

SALADA. Si no os creo.

D. JUAN. Eres bella.

SALADA. No miradme.

D. JUAN. Yo te diera...

SALADA. Nada quiero.

D. JUAN. Por tu amor...

SALADA. Le tengo dado.

D. JUAN. Dame parte.

SALADA. Si no debo.

D. JUAN. Saladita de mis ojos...

SALADA. Mi marido está allá dentro.

D. JUAN. Yo te adoro.

SALADA. Con los labios.

D. JUAN. Con el alma.

SALADA. Devaneo.

D. JUAN. Tuyo siempre.

SALADA. Soy muy pobre.

para joyas de tal precio.

D. JUAN. Serás rica.

SALADA. No ambiciono.

D. JUAN. Mas ¿no sientes ?

SALADA. Soy de hielo.

D. JUAN. Mi pasión...

SALADA. Es fuego fátuo.

D. JUAN. Es muy cierta.

SALADA. No lo creo.

D. JUAN. Pero atiende.

SALADA. Si es inútil.

D. JUAN. ¡Qué cruel eres!

SALADA. Honra tengo.

(*Ligera pausa*).

D. JUAN. Pues que contigo no bastan  
las súplicas ni los ruegos;

pues que rechazas el alma  
que te ofrece amor eterno,  
fuerza será que el amante  
suceda aquí al caballero.

SALADA. No entiendo lo que decís.

D. JUAN. Que tu amor es mi tormento,  
y pues no me le concedes  
al demandarle tan tierno,  
haré que mi mismo amor  
al tuyo busque en su seno.

SALADA. Mirad, señor, lo que haceis,  
que si de grado no cedo,  
no fue mujer la Salada  
que la obliguen los esfuerzos.

D. JUAN. Me enamoras, y tu amor  
me ha cegado por completo.

*(D. Juan trata de coger entre sus brazos á Salada).*

SALADA. Si á defenderme no basto,  
vendrán los que están adentro.

*(Ramon y los demás hombres hace un momento llegaron á la puerta y escuchan. Camacho trata de llevárseles).*

RAMON. Cuando os dije que el galan  
de balde no pagó esto...

## ESCENA XI.

*Dichos, RAMON, CAMACHO, hombres y mujeres del pueblo.*

SALADA. ¡Ramon!

RAMON. Velaba por tí,  
y ya ves si vine á tiempo.  
El escudero queria  
hacerme beber sin tiento,

pero yo... Marchad, señor,  
(*Á D. Juan*).

que ya veis os conocemos.

D. JUAN. ¿Y quién eres tú, villano,  
para mandarme?

RAMON. No quiero  
que á pesar de lo que hicisteis  
digais os falté al respeto ;  
pero creedme, alejaos,  
porque no respondo de estos.

D. JUAN. Á tí y á ellos, á todos  
arrojaré de este puesto  
si audaces me provocais.

SALADA. Callad.

TODOS. Á fuera.

CAMACHO. (Esto es hecho,  
hechos tajadas salimos  
si esta gente forma empeño).

D. JUAN. Cierra con ellos, Camacho.

RAMON. Para los dos bastaremos.

(*Comienzan á pelear*).

SALADA. ¡D. Juan! ¡Ramon!

RAMON. ¡Déjame!

(*Aparece en la puerta del foro un Alcalde y la  
ronda*).

## ESCENA XII.

*Dichos, Coro de alguaciles.*

ALCALDE. Alto.

D. JUAN. Dejadnos.

ALCALDE. Silencio.



CANTO.

CORO DE ALGUACILES.

Quietos, quietos y á la ronda  
entregad vuestros aceros ,  
acatad nuestro mandato  
y el escándalo evitad.

SALADA, RAMON, HOMBRES Y MUJERES.

El señor nos provocaba ,  
él tan solo fue culpable,  
castigadle cual merece  
y el escándalo evitad.

D. JUAN.

Yo ceder á esta canalla ,  
de mi nombre fuera en mengua ;  
ven, Camacho, y con tu ayuda  
á la ronda haré escapar.

CAMACHO.

*(A D. Juan).*

Escuchad, tengo otra idea ;  
fingiremos entregarnos  
y ya fuera de esta casa  
nos podremos escapar.

*(Los alguaciles rodean á D. Juan, le desarman  
y se lo llevan, lo mismo que á Camacho. Cae el  
telon).*

---

# ACTO SEGUNDO.

---

Sala corta en casa de D. Juan. Dos puertas laterales.

*Al levantarse el telon Camacho está rodeado de estudiantes,  
hombres y mujeres del pueblo.*

## ESCENA PRIMERA.

CAMACHO y Coro de ambos sexos.

### CANTO.

#### CORO.

Inútil es negarlo,  
sabemos que está aquí,  
y á castigar venimos  
su loco frenesi.

#### CAMACHO.

Estais equivocados,  
mi amo no está aquí,  
decidme á mí en su nombre  
por qué os quejais así.

#### CORO DE MUJERES.

Ese galan mancebo  
tan inconstante,

va pidiendo cariño  
para burlarle.  
Nos ha mentido  
y queremos nos vuelva  
nuestro cariño.

CAMACHO.

Bueno es el niño  
para pagar las deudas  
de su cariño.

CORO DE ESTUDIANTES.

En la velada anoche  
hubo jaleo,  
destrozados quedaron  
nuestros manteos.  
D. Juan lo hizo,  
y queremos nos pague  
nuestros perjuicios.

CAMACHO.

Si llega á oiros  
con la ropa y el cuerpo  
hace lo mismo.

CORO DE HOMBRES DEL PUEBLO.

À casa de Salada  
vino el mancebo,  
y si Ramon no es listo,  
queda soltero.  
Y aquí venimos  
à castigar la ofensa  
que recibimos.

CAMACHO.

Gracias, amigos,

podeis dar, que la ofensa  
quedase en dicho.

*(Repiten las mujeres, los estudiantes y los hombres del pueblo los tres últimos versos de sus estrofas).*

CAMACHO.

Comprendo vuestras quejas,  
lindas muchachas;  
mas ¿cómo ha de pagaros,  
cuando sois tantas?  
Para que os pague,  
con toditas vosotras  
debía casarse.

Á vosotros, mancebos,  
debo deciros,  
que la ronda á mi amo  
le ha detenido.  
Id sin demora,  
y todas vuestras quejas  
dad á la ronda.

CORO GENERAL.

No nos mientas,  
que la ronda  
le ha dejado  
en libertad;  
y al saberlo,  
hemos venido  
á que pague  
su maldad.

CAMACHO.

Pues os juro  
que yo ignoro  
se pudiera  
libertar.  
Á su casa  
no ha venido,  
os lo puedo  
asegurar.

HABLADO.

CAMACHO. Son muy justas vuestras quejas;  
teneis razon, pero oid,  
¿qué adelantais con decirme

lo que me duele sentir,  
sin poderlo dar remedio?  
Marchad unidos así,  
y ante el alcalde D. Bruno  
de Barbadillo y Oniz  
esponed vuestras querellas.  
Si D. Juan preso está allí,  
estad ciertos que justicia  
presto habeis de conseguir.

MUJER 2.<sup>a</sup> Y si libre ya se encuentra.

CAMACHO. En ese caso elegid  
entre llevar nuevos palos,  
otros chirlos recibir,  
perderse nuevas doncellas,  
quedarse algun otro sin  
la sotana y el manteo,  
ó resignados decir,  
contentémonos con esto,  
y que no pase de aquí.

MUJER 1.<sup>a</sup> Vaya un consuelo.

HOMBRE 1.<sup>o</sup> Este tuno  
tiene gana de reir.

ESTUD. 1.<sup>o</sup> De tal amo tal criado.

HOMBRE 1.<sup>o</sup> Si monto en cólera al fin...

CAMACHO. No monteis, señor Ramon,  
que si caeis sobre mí,  
tras de no ganar vos nada,  
diérais mucho que decir.

MUJER 1.<sup>a</sup> Queremos ver á D. Juan.

MUJER 2.<sup>a</sup> Y no nos vamos de aquí  
sin que nos haga justicia.

CAMACHO. Vamos, marchaos, salid  
y creedme, mas no volvais,  
pues si está D. Juan ahí,  
con justicia ó sin justicia,  
como á gentecilla ruin

os da tanto cintarazo,  
que magullados salís  
cargando con nuevas cuentas  
las que venís á exigir.

ESTUD. 1.º Es que mancos no lo somos.

CAMACHO. Él es menos, y en la lid  
perdiendo siempre quedarais.  
Ea, vamos, creedme á mí  
y obrad como os llevo dicho.

HOMBRE 1.º Pero tal burla sufrir...

CAMACHO. Consolaos con que otros muchos  
quedaron tambien así.

ESTUD. 1.º Yo procuraré encontrarle.

CAMACHO. Mas, no os quiero disuadir.

MUJER 1.ª Que se guarde de nosotras.

ESTUD. 1.º Y de nosotros.

CAMACHO. (*Empujándoles*). Id, id,  
y pensad que muchas veces  
se alcanza mas sin pedir.  
(*Vanse Ramon, Salada y Coro*).

## ESCENA II.

CAMACHO.

¡Válame Dios! qué nublado  
se vino tan de mañana.  
¿Cómo pudieron saber  
que libre D. Juan quedara?  
¡Jesús! ¡qué noche! primero  
D.ª Beatriz, la Salada  
despues; y despues de todo,  
para dar fin á la danza,  
cuando libre mi señor  
de alguaciles se quedaba,  
tropezamos con D. Luis,  
el hermano de su hermana,

que ardiendo en terrible cólera  
á mi señor aguardaba.

Le provoca descortés,

D. Juan remite á su espada  
la respuesta, choca el hierro,  
cuando una ronda que avanza  
por la calle, hace que huya  
el D. Luis; D. Juan en casa  
da con su cuerpo, y yo doy  
tras tanto susto, en la cama.

Mas, ¡qué despertar! ¡Dios mio!  
esa muchedumbre asalta  
nuestra casa, y un triunfo  
fue el conseguir calmarla.

Á cada paso temia  
que D. Juan se presentara,  
y con su ardor imprudente  
empeorase nuestra causa.

¡Ay! lo que cuesta el servir  
á galanes de tal fama.

### ESCENA III.

CAMACHO y D. JUAN.

D. JUAN. Camacho.

CAMACHO. (Ya despertó).

D. JUAN. ¿Qué ha pasado?

CAMACHO. Tropelías,  
á que dais márgen vos mismo.

D. JUAN. De lo que dices te cuida,  
que sabes sé castigar  
tu necia descortesía.

CAMACHO. Me preguntais y os contesto,  
y al hablaros repetia  
lo que ellos, para vengarse  
de vos, castigar querian.

D. JUAN. ¿Y quién son ellos? Responde.

CAMACHO. Los vecinos de Sevilla;  
pues por toda la ciudad  
hablan de vos maravillas.  
Aquí han estado estudiantes,  
cuya sotana raida  
á pinchazos y mandobles  
pusisteis como una criba;  
aquí han gritado las madres,  
aquí han llorado las hijas,  
aquí amenazas paternas  
han resonado infinitas,  
y hostereros que se quejan,  
y busconas muy ladinas,  
y comadres maldicientes,  
y doncellas afligidas,  
entre notas y lamentos,  
denuestos y tonterías,  
trataban de entrar á veros  
para pedirnos justicia.

D. JUAN. Hiciérasela en buen hora,  
tan instantánea y cumplida,  
que grata memoria siempre  
guardaran de esta visita.

CAMACHO. Pues por evitar el lance  
que siendo así preveía,  
he procurado calmarles  
y que se fueran.

D. JUAN. Se indignan  
de bien poco mis paisanos.

CAMACHO. (Pues no sé qué mas querría.  
En cuatro días, tres raptos,  
dos muertes, cuatro palizas,  
burlar de noche á las rondas  
y á las doncellas de día,  
y aun supone que es injusta



de sus paisanos la ira).

D. JUAN. ¿Qué murmurabas, Camacho?

CAMACHO. Que es una gran injusticia lo que hacen los sevillanos con vos.

D. JUAN. Y por vida mia, que mas que en Italia y Francia memoria tendrá Sevilla de mí.

CAMACHO. (Y lo conseguirá como de este modo siga).

D. JUAN. ¿Vino la dueña?

CAMACHO. (Esta es otra).

Pero señor, ¿qué manía os dió del Comendador tratar de robar la hija?

D. JUAN. Me ha ofendido, y enseñarle quiero, pues que me obliga.

CAMACHO. Como gustéis, mas presiento que de esta empresa maldita va á resultar un gran daño que mi mente no adivina.

D. JUAN. Ya lo creo, D. Gonzalo recibirá cruel herida.

Mas cuánto tarda esa dueña.

CAMACHO. No temais, que bien de prisa tras el imán del bolsillo aquí vendrá.

DUEÑA. (*Puerta izquierda*).

Ave María.

CAMACHO. ¿No os lo dije? Si el diablo viene, al llamarle, en seguida.

ESCENA IV.

*Dichos, la DUEÑA.*

- D. JUAN. *(Á Camacho).*  
Empieza á tratar con ella.
- CAMACHO. Quisiera haber acabado.
- DUEÑA. Deo gracias.
- CAMACHO. Á Dios sean dadas;  
pasad sin ningun reparo.
- DUEÑA. Sí que le tengo, mancebo,  
y muy mucho me ha costado  
el decidirme á venir;  
mas vos sois formal, y al cabo...
- CAMACHO. Los escrúpulos se ahogan  
cuando brillan los ducados.
- DUEÑA. ¡Tentador!... Dios me perdone,  
sed liberanos á malo.
- CAMACHO. Mirad, suprimid latines,  
y hablemos, dueña, muy claro,  
que ni á mí vos me engañais,  
ni yo trato de engañaros.  
¿Estais dispuesta á servirnos?
- DUEÑA. Mancebo, segun y cuándo.
- CAMACHO. Y cuánto, querreis decir.
- DUEÑA. Ved que sois muy mal pensado.
- D. JUAN. *(Pasando al otro lado de la dueña de modo que  
esta quede en medio).*  
¿Acabareis de una vez?
- DUEÑA. ¡Jesucristo!
- D. JUAN. Sosegaos  
y hablemos en paz y breve.  
Yo á D.<sup>a</sup> Ana idolatro,  
y necesito que á hablarla  
vos me lleveis de contado.
- DUEÑA. Pero señor, ¿qué decís?

¿os habeis dado al diablo?

CAMACHO. A vos se dió, que es lo mismo.

DUEÑA. Atrevido, deslenguado.

CAMACHO. Mirad que tengo un bolsillo  
que irse quiere á vuestra mano.

*(Muéstrale Camacho el bolsillo, ella le ve, y mirando á D. Juan tiende la mano por la espalda para cogerle. Camacho le retira. Este juego ha de repetirse en toda la escena).*

DUEÑA. Con que decíais, señqr...

D. JUAN. Decia que adoro tanto  
á D.<sup>a</sup> Ana que mi vida  
en su amor he concentrado.

DUEÑA. Mas si estaba prometida  
á otro galan.

D. JUAN. D. Gonzalo  
ha roto ese compromiso,  
á su palabra ha faltado  
burlando la fe de un hombre  
y mi esperanza burlando.

DUEÑA. Luego sois?...

CAMACHO. El prometido,  
que os promete cien ducados  
porque vos le prometais  
engañar á D. Gonzalo.

DUEÑA. ¿Y pensásteis?...

CAMACHO. Que lo hareis.

DUEÑA. *(Á D. Juan).*

Mas su amor.

D. JUAN. Es puro y santo.

DUEÑA. Es que D.<sup>a</sup> Ana...

D. JUAN. Es un ángel.

DUEÑA. Y os ama.

D. JUAN. Benditos labios.

DUEÑA. Mas temo que vos...

D. JUAN. ¿Dudais?

- DUEÑA. Son los hombres...
- CAMACHO. Ayudadnos.
- D. JUAN. Os lo ruego.
- DUEÑA. ¿Y qué quereis?
- D. JUAN. Hablarla.
- DUEÑA. ¡Dios soberano!
- D. JUAN. ¿Lo hareis?
- DUEÑA. ¡Si es imposible!
- CAMACHO. (*Ofreciéndole el bolsillo*).  
Ved como brilla.
- DUEÑA. (*No pudiéndole coger*).  
(¡Malvado!)
- D. JUAN. Yo la adoro.
- DUEÑA. Todos dicen...
- D. JUAN. Os lo juro.
- DUEÑA. Si es en falso...
- CAMACHO. Es verdad.
- DUEÑA. (*Volviéndose á él con ira*).  
Á vos no creo.
- D. JUAN. Creedme.
- DUEÑA. No he de ayudaros.
- D. JUAN. ¿Por qué?
- DUEÑA. Porque son los hombres...
- CAMACHO. Buenos cuando pagan tanto.
- DUEÑA. (*Á Camacho*).  
Pero si nada cumplis  
¿á qué esperanza estais dando?
- CAMACHO. Prometed.
- DUEÑA. Arriesgo mucho.
- D. JUAN. ¿Resolveis?
- DUEÑA. Estoy pensando.
- D. JUAN. ¿Y D.<sup>a</sup> Ana?
- DUEÑA. ¡Pobrecilla!
- D. JUAN. Habló de mí.
- DUEÑA. ¿Qué si ha hablado?...  
¿cómo no? siendo doncella,

si de casarla trataron.

D. JUAN. Doleos de mí.

CAMACHO. *(Con el bolsillo).*

Tocadle.

DUEÑA. *(Viendo que no puede cogerle).*

¡Qué tormento!

CAMACHO. ¡Es muy pesado!

DUEÑA. Pero acabad.

CAMACHO. Decid vos.

DUEÑA. Ese galan...

CAMACHO. Es mi amo.

DUEÑA. ¿Es mentidero?

CAMACHO. No tal.

DUEÑA. ¿Y ama?

CAMACHO. Cual nunca ha amado.

DUEÑA. ¿Olvidadizo?

CAMACHO. Con otras.

D. JUAN. Pero acabad.

DUEÑA. Id despacio.

D. JUAN. Me impaciente.

DUEÑA. Yo quisiera.

*(Á Camacho).*

¿Abusará?

CAMACHO. Si es un santo.

DUEÑA. Si saben que yo...

CAMACHO. Si es mudo.

DUEÑA. ¿Y si le vieran?

CAMACHO. No es manco.

DUEÑA. ¿Es muy rico?

CAMACHO. Poderoso.

DUEÑA. ¿Y paga bien?

CAMACHO. *(Poniéndole el bolsillo en la mano y retirándole en seguida).*

Id pesando.

DUEÑA. No acierto...

*(No pudiendo tropezar el bolsillo).*

- CAMACHO. ¿Sentís ahora?
- DUEÑA. Dadme.
- CAMACHO. Despues.
- DUEÑA. (*Dando un golpe con el pié en el suelo, llena de ira*).
- ¡Condenado!
- D. JUAN. ¿Qué decidís?
- DUEÑA. ¡Es muy grave!
- CAMACHO. Ved dueña que me le guardo.
- DUEÑA. (*Deteniéndole*).
- No.
- (*Á D. Juan como si continuara hablándole*).
- Es muy grave, mas por vos...
- D. JUAN. ¿Lo hareis?
- DUEÑA. Señor, gran pecado  
por vos he de cometer.
- CAMACHO. Es pecado muy liviano,  
y mas si la absolucion  
tiene un peso tan doblado.  
(*Le da el bolsillo*).
- DUEÑA. (¡Ay! ¡alabado sea Dios!)
- CAMACHO. ¡Lo que pueden los ducados!
- D. JUAN. ¿Con que de mí la hablareis?
- DUEÑA. Me intereso por vos tanto...
- D. JUAN. Y esta noche...
- DUEÑA. Vais de prisa.
- D. JUAN. Si viérais cuanto la amo...
- DUEÑA. Está visto, inútil fuera  
que yo quisiera negaros...
- D. JUAN. Por la tapia del jardin  
penetraré hasta su cuarto.
- DUEÑA. Paso, paso, caballero.
- CAMACHO. No detengais ya su paso  
que si pasa, pasarán  
hácia vos nuevos ducados.
- DUEÑA. ¡Ay! Quién puede resistirse

á un galan tan bien hablado.

D. JUAN. Qué hora es mejor.

DUEÑA. Las nueve.

D. JUAN. ¿Vos estareis?

DUEÑA. Esperando.

D. JUAN. Gracias, dueña.

DUEÑA. Vaya, vaya,

lo mereceis. Ahora marchó.

Hasta las nueve.

D. JUAN. Sin falta.

DUEÑA. De vos la hablaré entretanto.

CAMACHO. Vaya una dueña ladina.

DUEÑA. Vaya un tuno redomado.

*(Váse la dueña. D. Juan entra por la puerta derecha).*

CAMACHO. Está visto, mi amo siempre  
tiene en su ayuda al diablo.

*(Entra por la puerta derecha).*

### MUTACION.

Sala en casa del Comendador. Al foro terraza que da al río. Á la izquierda puerta de entrada. Dos puertas laterales á la derecha.

### ESCENA V.

D. GONZALO, D.<sup>a</sup> ANA.

D.<sup>a</sup> ANA. Mas ¿cómo, padre y señor,  
pudisteis mudar de idea?

D. GONZ. Razones que no comprendes  
y que explicarte me cuesta,  
á mi palabra me obligan  
á faltar, por vez primera.  
Esa boda es imposible.

*(D.<sup>a</sup> Ana se enjuga los ojos).*

¡Y lloras!... Hija, desecha

esos sueños de un instante,  
esas nacientes quimeras,  
que vale mas que en capullo  
tu bella ilusion se miera,  
que no, creciendo afanosa,  
rica en esperanzas bellas,  
creyendo tocar la dicha  
hallases amarga pena.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay! ¡padre! como al calor  
de la voluntad paterna  
brotó en mi seno la llama  
del amor que hoy se me veda,  
acostumbréme á querer  
á ese galan, que hoy cesa  
de ser ya mi prometido,  
sin que yo le conociera;  
si dormia en él soñaba,  
le contemplaba despierta,  
y una fantástica imágen,  
creacion de mi mente inquieta,  
constantemente á mi lado  
mi vista vió satisfecha,  
¿cómo quereis que no llore  
si acostumbrada á quererla,  
cumpliendo vuestro mandato  
hoy de mi lado se aleja?

D. GONZ. Cree que no fue el capricho  
quien hizo que así torciera  
proyecto que me halagaba.  
Es por tu bien, y una prueba  
de ello tienes en D. Diego,  
que aun tocándole tan cerca,  
pagado de mis razones,  
no tan solo las aprueba,  
sino que él, á esa boda  
que renuncie me aconseja.



D.<sup>a</sup> ANA. En vano busca mi mente  
la razon...

D. GONZ. Saber no quieras  
lo que amargos sinsabores,  
hija del alma, me cuesta.  
Indigno de ti es D. Juan,  
que á no serlo, ya estuviera  
á tu lado, y yo gozoso  
con mirarte satisfecha.  
Tú sufres y yo tambien,  
mas ambos con faz serena  
al dolor haremos frente,  
luchando con entereza;  
que es un deber en nosotros,  
aun cuando el alma padezca,  
la honra en que hemos vivido  
conservar por siempre ilesa.  
(Váse D. Gonzalo, puerta segunda, derecha).

## ESCENA VI.

### CANTO.

DOÑA ANA.

¡Dios mio! ¿qué siento?  
no acierto á explicar  
¡mi horrible tormento!  
¡mi inquieto anhelar!  
Sueños de amor purísimo,  
que ciega acaricié,  
vuestro divino encanto  
jamás disfrutaré.  
Imágen seductora,  
que yo guardaba aquí,  
apártate ligera,  
aléjate de mí.

¡Ay! sí, ¡ay! sí,  
que es mi destino ingrato  
sin dicha subsistir.

## ESCENA VII.

D.<sup>a</sup> ANA, la DUEÑA.

DUEÑA. *(Apareciendo por la puerta izquierda y aproximándose á D.<sup>a</sup> Ana).*

¿En qué pensais D.<sup>a</sup> Ana?

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Eres tú?

DUEÑA. Que triste os veo,  
y ardiendo estoy en deseo  
de templar la pena insana  
que os aflige.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Y cómo, dueña?

si aciaga la suerte mia,  
trueca en amarga agonía  
mi ventura mas risueña.  
Gozosa ayer, me entregaba  
á mis sueños de ventura;  
hoy, se cambia en amargura  
la dicha que me halagaba.  
Sin ver mi doliente afan,  
ni contemplar mi dolor,  
manda mi padre y señor  
que dé al olvido á D. Juan;  
y en medio de mi quebranto,  
entre el amor y el deber,  
la pena embarga mi ser  
y empaña mi vista el llanto.

DUEÑA. ¿Que á D. Juan deis al olvido  
D. Gonzalo os ordenó?...

D.<sup>a</sup> ANA. Dice que indigno faltó  
á su nombre.

DUEÑA. Nada he oído.

Y por cierto que el galán  
es conocido en Sevilla,  
y... vamos, me maravilla  
que así se juzgue á D. Juan.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Luego, tú le crees honrado?

DUEÑA. ¿Y quién tal cosa dudara?  
Que le oyéseis, me alegrara,  
como yo...

D.<sup>a</sup> ANA. *(Con interés que va creciendo en toda la escena).*

¿Tú le has hablado?

DUEÑA. ¿Como no, si noche y día,  
presa de amoroso fuego,  
se los pasa sin sosiego  
mirando esa celosía?  
Apenas me ha visto agora,  
acercóseme al momento,  
y tembloroso el acento  
preguntóme:—¿Y tu señora?

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Eso te dijo? ; Dios mio!

DUEÑA. Así exclamé, sorprendida  
por tan ruda acometida;  
mas le miré... y os lo fio,  
aquel galán es honrado;  
y es gallardo caballero...  
hablóme con tal esmero...  
está de vos muy prendado.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Y qué mas te dijo, dueña?

DUEÑA. Fuera largo de contar.  
Preguntaba sin cesar  
si le nombrábais risueña,  
si pensábais mucho en él,  
si le amábais, si dichosa  
seríais al ser su esposa,  
y... vamos, fuera muy cruel  
rechazar amor tan fino.

D.<sup>a</sup> ANA. Tanto me ama?

DUEÑA. ¡ Con locura!

Dice que sois la luz pura  
que ilumina su destino.

Y os llama su sol, su estrella,  
sois el iman de su anhelo,  
cual vos no hay otra en el suelo  
ni mas pura, ni mas bella.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Y no era fingido? dí.

DUEÑA. ¡Ay, señora! vieja soy,  
y os aseguro que estoy  
trémula por lo que oí.

¡Cuánto fuego! ¡qué demencia!  
Si le dejárais de amar,  
tanto fuera su pesar  
que hiciera alguna imprudencia.

D.<sup>a</sup> ANA. Dueña, ¿qué quieres decir?

DUEÑA. «Haced que la hable un instante,  
—así me dijo el amante,—  
que si no, voy á morir.»

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Morir!

DUEÑA. Y se morirá,  
porque es muy grande su pena.  
«Vos lo hareis, que sois tan buena»  
—él me decia. Ya, ya,  
os aseguro que el llanto...  
como yo soy tan sensible...  
Pero hablaros... Imposible,  
y me afectó su quebranto.  
¿Tambien llorais?

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Triste suerte!

Mi padre me manda odiarle,  
y yo, que solo sé amarle,  
seré causa de su muerte.

DUEÑA. Pues él empeñóse en veros,  
y de tal modo me habló..

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Dueña!

DUEÑA. ¡Qué! si no sé yo  
resistir lances tan fieros.  
Él os ama.

D.<sup>a</sup> ANA. Yo tambien.

DUEÑA. Por vos padece.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Dios mio!

DUEÑA. Y temo su desvarío  
si le tratais con desden

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Oíste? (*Escuchando*).

DUEÑA. ¡Jesús me valga!

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué tienes?

DUEÑA. Me ha parecido  
que en el agua sentí ruido.  
¡Jesús! que cierto no salga  
lo que se ocurre á mi mente.

D.<sup>a</sup> ANA. Habla, mitiga mi afan.

DUEÑA. Temo que osado el galan...

D.<sup>a</sup> ANA. (*Tapándole la boca con la mano y llevándose la  
otra al corazon*).

Calla.

DUEÑA. (*Ya estaba impaciente*).

(*Tras un ligero preludeo canta D. Juan dentro*).

## CANTO.

D. JUAN.

Niña hechicera, por quien suspiro,  
calma amorosa mi frenesí,  
el viento amigo, mi tierno acento  
lleve hasta tí.

—  
Peregrino en la tierra  
Voy sin sosiego,  
de tus ojos buscando  
el puro fuego.

Mira mi lloro  
y tiéndeme tu mano  
porque te adoro.

HABLADO.

D.<sup>a</sup> ANA. Dueña, ¿qué dice ese acento  
que vibra en mi corazón?  
DUEÑA. Diz que por ese balcon  
va á subir en un momento.

CANTO.

D. JUAN.

Niña, que el alma mia  
demente adora,  
templa benigna el fuego  
que me devora.  
Prenda querida,  
dame con tu cariño  
mas que la vida.

—  
Niña hechicera,  
por quien suspiro,  
ciego de amores  
llego hasta tí.  
No me rechaces  
con tus desdenes;  
ten, bienhechora,  
piedad de mí.

HABLADO.

D.<sup>a</sup> ANA. Cesó la voz.  
DUEÑA. ¿Y temblais?  
D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay, dueña! medrosa el alma  
se estremece.  
DUEÑA. Tened calma ;

de bien poco os asustais.

*(D. Juan aparece en el balcón del foro).*

D. JUAN. (No sé que siento al posar  
en esta estancia mi planta;  
siento que aquí se levanta  
voz que no sé descifrar).

DUEÑA. *(Viéndole).* (Ya llegó. ¡Gracias al cielo!  
Lo que es falta no hago aquí).

D.<sup>a</sup> ANA. *(Viendo que la dueña se quiere ir).*  
No te separes de mí.

DUEÑA. Quiero templar vuestro duelo.  
*(La Dueña se retira y D. Juan se adelanta. Al verle doña Ana da un grito y cae desvanecida sobre el sillón. D. Juan se arrodilla junto á ella).*

## ESCENA VIII.

D.<sup>a</sup> ANA y D. JUAN.

### CANTO.

D. JUAN.

Blanca paloma pura,  
ángel de mi amor,  
tu virginal pureza  
respeto me infundió.  
Y ante tu casta imágen,  
mi ardiente corazón,  
confuso y agitado,  
mi bien, se transformó.

D.<sup>a</sup> ANA.

Triste de mí,  
no puedo á sus palabras  
¡ay! resistir.

D. JUAN.

Deja, bien mio,  
que yo subsista  
con el aliento  
de tu pasion ;  
que en esos ojos  
y en esos labios,  
estoy leyendo  
amor, amor.

—  
Y esa tu frente,  
tan casta y bella,  
ahora cubierta  
por el rubor.  
Toda, mi vida,  
sin tú quererlo,  
me está gritando  
amor, amor.

D.<sup>a</sup> ANA.

Callad, señor,  
no sé decir,  
cómo ese acento  
resuena aquí.

D. JUAN.

Ana hechicera,  
ten compasion,  
de quien tan solo  
vive en tu amor.  
Dí que me amas,  
cual te amo yo ;  
dame, bien mio,  
tu corazon.



D.<sup>a</sup> ANA.

Como la mariposa  
va tras la llama,  
en pos de vuestras frases  
se va mi alma ;  
quiero salvarme,  
y en vuestro amante fuego  
voy á abrasarme.

---

Como las aguas puras  
del manso rio,  
se pierden en las ondas  
del mar bravío.  
Ciega y sin calma,  
hácia vos se dirige  
mi pobre alma.

D. JUAN.

Benditos esos labios  
que colman mi ventura,  
te juro que el pasado  
para D. Juan murió.  
Bien haya tu cariño,  
que así me ha transformado,  
bendito seas, bien mio,  
bendito sea tu amor.

D.<sup>a</sup> ANA.

Bendito sea el cariño  
que colma mi ventura,  
bendito si al pasado  
por siempre renunció.  
Dichosa al fin mi alma  
será con su ternura ;  
bendito seas, Dios mio,  
bendito sea su amor.

ESCENA IX.

*Dichos, la DUEÑA.*

*(Precipitadamente por la segunda puerta izquierda).*

DUEÑA. Pronto, dichosos amantes,  
separaos.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Santo cielo!

D. JUAN. ¿Qué sucede?

DUEÑA. *(Á D.<sup>a</sup> Ana).* Vuestro padre  
seguido de otras personas,  
hácia aquí viene.

Ocultadle.

D.<sup>a</sup> ANA. Huid, D. Juan.

*(D. Juan va á dirigirse hácia el foro).*

DUEÑA. Escondedle,

que quizá por esa parte  
haya alguno que le espie.

D. JUAN. Mi espada sabrá dejarme  
libre el paso.

D.<sup>a</sup> ANA. No, por Dios.

DUEÑA. Decidíos.

*(Mirando á la puerta).*

¡Oh! ya es tarde.

Entrad, señora.

*(Indicando á D.<sup>a</sup> Ana la primera puerta izquierda).*

Venid.

*(Á D. Juan).*

*(Dios me ayude en este lance).*

*(Entra con D. Juan, por la puerta, derecha).*

ESCENA X.

D. GONZALO, D. LUIS, SALADA y RAMON.

D. GONZ. Por mas que vos me digais,  
apenas puede creerlo.

Conozco la liviandad  
y audacia de ese mancebo,  
mas atreverse á mi honra...  
eso, D. Luis, no lo creo.

D. LUIS. Os repito que D. Juan,  
ufanándose altanero,  
manifestó á sus amigos  
que entraria en el aposento  
de D.<sup>a</sup> Ana, vuestra hija,  
á robarla, sin respeto  
ni al honor de vuestro nombre,  
ni á su honor de caballero.

Y ya veis cómo estas gentes  
tambien os dicen lo mismo.

SALADA. Camacho estuvo en el barrio,  
y como en eso ya es diestro,  
reunió cuatro ó seis rufianes  
que manejan bien los hierros,  
y les dijo que esta noche  
habian de escalar un huerto  
y robar una doncella,  
y como el nombre dijeron  
del padre, vino Ramon,  
me lo dijo, y al momento  
decidimos avisaros,  
porque D. Juan es muy terco  
y si entrar aquí desea,  
hará lo que se ha propuesto.

D. GONZ. Que lo intente, y en su vida

sabré vengar, aunque viejo,  
la deshonra y el escarnio  
de que hizo alarde grosero.  
El buen D. Diego Tenorio  
dióme ya aviso de ello,  
y por guardarla, yo mismo  
traje á mi hija del convento;  
mas os digo que, á creer  
tanta infamia, no me atrevo.

RAMON. ¿No lo creéis? ¡Ay señor!  
que sea muy tarde temo.  
Cierto estoy que ya ha venido.

D. LUIS. ¡Cierto! (*Mirando las paredes*).

D. GONZ. ¿Qué estais diciendo?

RAMON. ¿Estas prendas, de quién son?  
(*Por la gorra y la capa de D. Juan que queda-  
ron en una silla*).

D. GONZ. ¡Oh! ¡qué infamia!

D. LUIS. ¡Juro al cielo!  
que...

D. GONZ. Callad, herido estoy,  
y ya veis si me contengo.  
(*Se llega á la puerta derecha*).

D.<sup>a</sup> Ana, salid al punto.

(*Aparece D.<sup>a</sup> Ana, primera puerta, izquierda, la  
coge D. Gonzalo y la lleva ante la silla donde  
están las prendas*).

Decidme, ¿de quién es esto?

## ESCENA XI.

*Dichos, D.<sup>a</sup> ANA, y despues D. JUAN.*

D. GONZ. Responde, Ana. Responde  
y dime, ¿dónde está el dueño  
de estas prendas?

- D.<sup>a</sup> ANA. ¡Dios mio!  
D. JUAN. (*Apareciendo en la puerta derecha*).  
Aquí está, señor.  
D. LUIS. (*Dando un paso hácia él llevando la mano á la  
espada*). ¡Oh!...  
D. GONZ. (*Deteniéndole*). Quieto.

CANTO.

D. JUAN.

Escuchadme caballero,  
escuchad Comendador,  
todos, todos vais á oirme  
mi espontánea confesion

CORO, SALADA y RAMON.

Escuchemos, escuchemos  
su espontánea confesion.

D.<sup>a</sup> ANA.

Temblorosa, palpitante  
pende el alma de su voz.

D. LUIS (*á D. Gonzalo*).

Nuevas tramas, el infame  
por salvarse, concertó.

D. GONZALO.

De ira tiemblo y me contengo,  
dominaos cual lo hago yo.

D. JUAN.

Del pasado arrepentido,  
deplorando tanto error  
llego humilde á demandaros

vuestro sincero perdon.  
La virtud de vuestra hija  
fue la luz que me alumbró,  
y su amor es mi esperanza,  
y mi vida está en su amor.

CORO, SALADA Y RAMON.

Quien creyera de sus labios  
escuchar tal confesion.

D. LUIS.

Solo el miedo pudo hacerle  
formular tal confesion.

D.<sup>a</sup> ANA.

Padre mio, sus palabras  
se las dicta el corazon.

D. GONZALO.

Hija ingrata, sella el labio;  
es indigno de tu amor.

D. JUAN.

D. Gonzalo, yo la adoro,  
vuestro enojo refrenad,  
concededme á vuestra hija  
y mi dicha asegurad.

D.<sup>a</sup> ANA.

Padre mio, ved mi llanto,  
vuestro enojo mitigad,  
yo le adoro y en su vida,  
mi ventura solo está.

D. LUIS.

No creais en sus palabras,

solo el miedo le hace hablar,  
esta espada vuestra ofensa,  
con mi ofensa vengará.

SALADA y RAMON.

Nadie atiende sus razones,  
no le quieren escuchar.

MI } padrino, de esta hecha  
TU }  
cuantas hizo pagará.

D. GONZALO.

Basta, basta, mi paciencia,  
tanta infamia agota ya ;  
con tu sangre solamente,  
mi deshonra he de vengar.

CORO.

Nadie, nadie á sus protestas  
ningun crédito les da,  
el galante caballero,  
sus infamias va á pagar.

D. LUIS.

Sois un cobarde,  
vais á morir.

D. GONZALO.

Su muerte solo  
me toca á mí.

D.<sup>a</sup> ANA.

Padre, le amo,  
piedad de mí.

D. JUAN.

En vano trato  
de resistir.  
Lo habeis querido  
pues bien, venid.

*(Lidia con D. Luis y le mata).*

D. GONZALO.

*(Arrojándose sobre él).*  
¡Ay de tu vida!

D. JUAN.

*(Tirándole un pistoletazo).*

¡Pobre de tí!

*(D.<sup>a</sup> Ana, Salada, Ramon y criados se arrojan  
sobre el cuerpo de D. Luis y del Comendador.  
Momento de pausa).*

CAMACHO, *(dentro).*

Cercada está la casa,  
el rio libre está,  
pronto, señor, al agua;  
pronto, señor, saltad.

D. JUAN.

*(Adelantándose hacia el proscenio).*

¡Ah!...

Al cielo en mi quebranto  
llamó mi corazon,  
y pues mi voz no escucha,  
no soy culpable yo.



CORO, SALADA y RAMON.

*(Volviendo de su asombro y adelantándose hácia  
D. Juan amenazándole)*

Entrégate, villano,  
entrégate á prision :  
morir solo merece  
quien tal daño causó.

D.ª ANA.

¡ Ah! cielo, horrible noche  
de luto y de dolor,  
hundióse mi esperanza,  
mi dicha ya murió.

D. JUAN.

*(Lanzándose á la ventana y amenazando á los cria-  
dos con la otra pistola y la espada).*

Atrás, atrás, canalla,  
atrás, ó ¡ vive Dios !  
que hago con vosotros  
lo que hice con los dos.

*(Todos retroceden : D. Juan salta por la ventana  
y cae el telon).*

---

## ACTO TERCERO.

---

El cementerio. Segundo término izquierda, el panteon y estatua del Comendador. A la derecha, el de D. Luis. En el fondo dos panteones iguales con las estatuas de D.<sup>a</sup> Ana y D.<sup>a</sup> Beatriz.

Tapia practicable que se estiende por la derecha.

Al levantarse el telon se oyen los cantos de una orgía, el choque de los vasos y las palmadas. Despues choque de espadas y tras él un grito, y se ve saltar la tapia del cementerio á D. Juan y Camacho.

CORO DE HOMBRES, (*dentro*).

Viva la danza,  
viva el placer,  
vivan las mozas,  
viva el Jerez.

Á beber, á beber,  
á gozar, á gozar.  
¡Ay! morena de mi vida,  
ven un poco mas acá.

¡Ah!... ¡Ah!...

Tienen toditas las hembras  
en el cuerpo un no sé qué,  
donde tropiezan los hombres  
y donde van á caer.

¡Ay! que no sé,  
por qué me gusta tanto  
el no sé qué.

(*Se oye el choque de las espadas, el grito, y saltan D. Juan y Camacho por la tapia*).

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN y CAMACHO.

- D. JUAN. Buena manera, á fe mia,  
de recibirme en mi tierra.
- CAMACHO. Llegásteis en son de guerra,  
y os pagan la bizzaría.
- D. JUAN. No podrás asegurar  
que fui yo quien provoqué.
- CAMACHO. Si no fuisteis vos, no sé  
quién dió ejemplo al empezar.  
Por si á la moza miraba  
aquel galan sin rebozo;  
por si pidióla el buen mozo  
lo que ella ya os otorgaba;  
Por si ella, que era ladina,  
como las hembras lo son,  
á vos os dió la razon,  
y al otro plantó en la esquina;  
vos de la espada tirais,  
insultais al desairado,  
otros corren á su lado,  
mas con ello os irritais,  
y dando al hierro que hacer  
y llevándome con vos,  
dejásteis tendidos dos  
y gritando á la mujer.  
Decidme, señor, si en eso  
no fuisteis vos el culpable,  
yo encuentro vituperable  
lo que hicisteis, lo confieso.
- D. JUAN. Y yo te encuentro tan ruin,  
tan tuno y desvergonzado,  
que voy á darte...

CAMACHO.

Un ducado,  
y pongo á mis quejas fin ;  
y ved que mucho no os pido,  
cuando ellos tanto me dieron ;  
á cintarazos molieron  
este cuerpo fementido.

Vuestras riñas, en sustancia,  
igual que vuestros amores,  
á mí me dan los dolores  
y á vos os dan la ganancia.

D. JUAN.

Sella el labio, ó vive Cristo,  
que yo te le haré sellar.

CAMACHO.

À tal modo de mandar,  
Cedo y callo, no resisto.

D. JUAN.

¿En dónde estamos ?

CAMACHO.

No sé,  
porque esto está cambiado,  
un convento hay á ese lado,  
mas esto...

D. JUAN.

Ya lo veré.

*(Da algunos pasos, mientras Camacho tropieza con el sepulcro de D. Luis, lo toca, va recorriendo el recinto y toca los de D.<sup>a</sup> Ana y doña Beatriz. D. Juan toca el sepulcro de D. Gonzalo).*

CAMACHO.

Césped, mármol, arboleda.

Piedra, y piedra labrada ;  
una estatua arrodillada...

Señor, y que yo no pueda...

D. JUAN.

¡Qué silencio !

CAMACHO.

Nueva piedra.

Estatuas, cruz sepulcral,  
es un sepulcro, sí tal :

¡ay Dios ! el alma se arredra  
tal vez... ¡Qué rayo de luz !

*(Vuelve al sepulcro de D. Luis y lo toca de nuevo)*

Cierto, las mismas figuras,  
ya no hay mas; son sepulturas  
con estatuas y con cruz.

En un cementerio estamos;  
hay mas desdichada suerte,  
por escapar de la muerte,  
aquí con la muerte damos.  
Señor, señor.

D. JUAN. ¿Qué te pasa?

¿Sentiste algo?

CAMACHO. ¡Ay de mí!

Señor, salgamos de aquí,  
que no me agrada esta casa.

D. JUAN. A mí sí, y precisamente

aspira feliz mi alma  
esta quietud, esta calma...

CAMACHO. Si es muy callada esta gente;

mas ved, y son signos ciertos,  
que calma y tranquilidad,  
solo se hallan, en verdad,  
en la casa de los muertos.

D. JUAN. ¿Te burlas?

CAMACHO. Os hablo en sério.

y reparad mi temblor,  
hemos caido, señor,  
adentro de un cementerio.

D. JUAN. ¡Un cementerio!... Mi suerte

hasta aquí me ha protegido,  
nunca á la muerte he temido,  
y voy á ver á la muerte.

CAMACHO. (Pues señor, esta es muy negra,

creí causarle un disgusto,  
y para aumentar mi susto,  
aun parece que se alegra).

D. JUAN. Con que un cementerio... Bravo,

qué tranquilo voy á estar.

CAMACHO. (Lo dicho se va á quedar),  
señor, el gusto no alabo.  
Ved que es detestable hedor  
el que exhala un cuerpo muerto;  
si os quedais, tened por cierto  
que malo os pondreis, señor.  
Que cuentas teneis muy largas  
con los muertos, y si alguno  
vengarse quiere... ninguno  
vendrá á salvaros...

D. JUAN. Me cargas  
con tus escrúpulos necios  
y con tu charla tambien.

CAMACHO. (Trata uno de hacer un bien  
y le pagan con desprecios).

D. JUAN. Si tienes miedo, te alejas,  
y buscas de aquí salida,  
mas no vuelvas, por tu vida,  
á molerme con tus quejas.

Proporcionóme el azar  
á un cementerio venir,  
y voy en él á dormir,  
y en él voy á descansar.  
Que cuando yo este camino  
á tantos vivos tracé,  
ahora si es bueno sabré  
tal cambio de su destino;  
y véte, y déjame en paz,  
que solo quiero quedarme.

CAMACHO. ¿Pero dónde he de marcharme?

D. JUAN. Donde no mire tu faz  
tan afligida y medrosa,  
ni escuche tu voz doliente.

CAMACHO. (¡ Si querrá que entre esta gente  
se halle mi alma gozosa !)  
Mirad, señor, que es locura...

- JUAN. Que calles te dije ya.  
AMACHO. (Si mas hablo, me echará  
contra alguna sepultura).  
Calmaos, señor, ya me voy;  
la salida buscaré,  
y si la hallo, volveré  
para avisároslo.
- JUAN. Estoy  
bien aquí. Puedes marcharte.  
AMACHO. No pecais de agradecido.  
JUAN. (Amenazándole).  
Camacho.
- AMACHO. Perdon os pido...  
JUAN. No quiero mas escucharte.  
Vete al punto, y déjame.  
AMACHO. Ya os dejo, si tal; me ajusto  
por completo á vuestro gusto,  
mas por el mio, no á fe.

## ESCENA II.

- D. JUAN, *despues las estatuas de D.<sup>a</sup> ANA y D.<sup>a</sup> BEATRIZ.*
- JUAN. ¡Qué soledad! ¡qué quietud!  
tras el inmenso bullicio  
de la existencia agitada  
que he llevado de continuo,  
parece que de otro modo  
se respira en este sitio.  
¡Qué de recuerdos me asaltan!  
¡Qué pensamientos sombríos  
se presentan á mi mente!  
¡Ana! ¡Beatriz! ¡Dos hechizos  
que dejé envueltos en llanto  
en medio de mi camino!  
D. Luis y el Comendador

me obligaron , yo no he sido  
su matador, fue su estrella,  
y fue quizás mi destino.  
¡Ana! ¡Beatriz! ¿Dónde estais?  
Tal vez por nuevo cariño  
halagadas, de otro amante  
acepten el desvarío;  
¡Qué necio soy, recordando  
mis pasados amoríos!  
¿Acaso se acuerdan ellas,  
siquiera, del nombre mio?  
¡La constancia! Si yo nunca  
en la constancia he creído,  
¿por qué me sorprendo ahora?  
ellas viven y yo vivo;  
ellas se habrán consolado,  
y yo sin pesar subsisto...  
¡Sin pesar!... Hablemos claros,  
¿vivir sin pesar he dicho?  
¿el recuerdo de mi padre  
pesares me ha producido?  
¿torturóme la conciencia?...  
Sí... (*Desechando esa idea*).

No, por ningun estilo;  
empeñóse en contrármeme,  
y muerte se ha dado él mismo.  
Mas... desechemos recuerdos  
que están bien en el olvido,  
y ya que salió la luna,  
recorramos este sitio.

(*Mirando al panteon de D. Gonzalo*).

Buen panteon, buena estatua,  
el escultor que las hizo  
debió quedar satisfecho  
de su obra. Mas... ¿qué miro?  
Jurara que se parece



ese mármol blanco y frío  
á aquel D. Luis de Fresneda...  
¡Cierto!

*(Mirando el epitafio).*

Sí tal, es el mismo.

Esa luna bienhechora  
con su luz me ha permitido  
leer el nombre. Veamos  
si encuentro nuevos amigos.

*(Se aproxima al sepulcro de D. Gonzalo y se pone á leer).*

Aquí yace D. Gónzalo...

*(Haciendo esfuerzos para dominarse).*

Vamos, me alegro infinito;  
estoy, segun lo que veo,  
en terreno conocido.

¿Si será este el cementerio  
que mi padre, por capricho,  
mandó hacer para las víctimas  
de mis locos extravíos?

Mejor, si es así, que estoy  
ocupando lo que es mio.

*(Mirando al foro).*

Y esas figuras, ¿quién son?

*(Aproximándose, la luna va á iluminar los semblantes de las estatuas).*

¡Cielos! ¿Es esto un delirio  
ó una verdad? ¡Beatriz!

¡Ana! ¡Infausto destino;  
que por do quiera que voy  
la muerte llevo conmigo!

CANTO.

D. JUAN.

Castas y puras sombras,  
recuerdos de un Eden,  
que en mi procaz locura  
demente marchité.

Dejad que mi pasado  
recuerde á vuestros piés.

Dejad que humilde llore  
vuestro perdido bien.

*(Queda D. Juan arrodillado al pié de los sepulcros; las dos estatuas de D.<sup>a</sup> Ana y D.<sup>a</sup> Beatriz desaparecen de sus pedestales. Alza D. Juan la cabeza y ve que no están).*

¡Cielos! ¿qué miro?

¡Es ilusion!

¿Do fueron las estatuas  
que he visto yo?

*(Aparecen las estatuas de D.<sup>a</sup> Ana y D.<sup>a</sup> Beatriz, donde convenga al mejor efecto escénico).*

LA ESTATUA DE D.<sup>a</sup> ANA.

No es ilusion, D. Juan,  
escucha nuestra voz,  
que por templar tu afan  
lo ha permitido Dios.

D. JUAN.

¡Misterio extraordinario  
que turba mi razon!

D.<sup>a</sup> ANA.

Tu planta destructora  
posando por do quier,

trocaste la ventura  
en triste padecer.  
El cielo ya irritado  
tu término marcó,  
y solo te concede,  
á ruegos de las dos,  
que al fin arrepentido  
perdon pidas á Dios.

D. JUAN.

Acento idolatrado,  
¡qué extraña confusion  
en mi revuelta mente  
tu anuncio me causó!

*(Se oye el coro báquico anterior y el choque de las copas, y D. Juan, atraído por aquel rumor, se dirige hácia el punto por donde se percibe. Entonces canta la estatua de D.<sup>a</sup> Beatriz y se detiene).*

D. JUAN.

¡Quién por la muerte se apura,  
cuando nos llama el placer!

ESTATUA DE D.<sup>a</sup> BEATRIZ.

Deten, D. Juan, tu paso,  
pon ya término á tu afán,  
tu existencia ya es muy corta,  
arrepíentete, D. Juan.

Dios, cediendo  
á nuestros ruegos,  
avisarte  
nos mandó;  
un instante  
arrepentido  
puede darte  
salvacion.

CORO DE MONJAS, (*dentro*).

Dios piadoso,  
escucha atento  
nuestra férvida  
oracion.

No rechaces  
al que llora,  
ten piedad  
del pecador.

D. JUAN.

Tembloroso  
y agitado  
siento aquí  
mi corazon.

CAMACHO.

(*Va á salir por el fondo y se detiene asustado*).

Cielo santo  
¡ qué sucede!  
¿ Con quién habla  
mi señor?

D. JUAN.

¿ Qué me pasa,  
qué he sentido  
al anuncio  
de las dos?  
Tembloroso  
y agitado  
siento aquí  
mi corazon.

D.<sup>a</sup> BEATRIZ y D.<sup>a</sup> ANA.

Dios, cediendo  
á nuestros ruegos,

avisarte  
nos mandó.  
Un instante  
arrepentido  
puede darte  
salvacion.

CORO DE ORGÍA.  
Viva la danza etc.

### ESCENA III.

D. JUAN y CAMACHO.

#### HABLADO.

CAMACHO. *(Que se adelanta hácia él).*  
¡Jesús! qué lances, señor.  
Si apenas puedo moverme.  
Yo que temblando de miedo  
vine hácia acá diligente  
para decir á mi amo  
que no hay nadie que nos cele  
en la calle, me hallo aquí  
con que esas buenas mujeres  
que parecieronme estatuas  
no son ya lo que parecen.  
¡Y qué laberinto armaban!  
Pues ¿y mi señor? Si tiene  
los demonios en el cuerpo.  
¡Hablar con muertos!... Cien veces  
muerto yo aquí me quedara  
si á mí se me dirigiesen.  
Pero ¡calle! Es que tampoco  
hablar á D. Juan se siente.  
*(Mirando).*  
Si la vista no me engaña,

arrodillado parece  
que está allí. ¡Vaya un milagro!  
sí por cierto, y muy patente,  
arrodillarse D. Juan,  
que burlóse tantas veces  
de todo lo mas sagrado.

*(Adelantándose hácia él y llamándole).*

¡Eh, señor!... ¡Y no se mueve!

¡Señor! ¡señor! ¡cielo santo!

D. JUAN. *(Volviendo de su ensimismamiento).*

¡Qué nueva vision pretende  
turbar otra vez mi espíritu!

CAMACHO. Albricias, Señor.

D. JUAN. ¿Qué quieres?

CAMACHO. ¿Qué he de querer? que al instante  
de aquí nos marchemos.

D. JUAN. Vete

y déjame en paz.

CAMACHO. En ella

quisiera encontrarme siempre.

*(Mas, por desgracia en la guerra  
vivimos constantemente).*

D. JUAN. Responde, Camacho, dime,

¿Oíste su acento?

CAMACHO. Y fuerte

que os hablaban las malditas.

D. JUAN. ¿Con que no fue de mi mente  
tenaz alucinacion?

¿Con que ese mármol inerte  
por misterio incomprensible

se animó? Las dos mujeres

á quienes quizás amé,

desde el seno de la muerte

hiciéronme oír su acento...

Déjame, Camacho, vete,

que ni el cuerpo ni el espíritu

ya de aquí pueden moverse.

CAMACHO. (Necio de mí! con mis frases  
mayor pábulo prestéle,  
y á quedarse va, de fijo,  
si aquí mi astucia no vence.  
Si hacerle creer pudiera  
que alguien por entretenerse  
forjó esta farsa sabiendo  
que estaba aquí... tal vez diese  
el resultado que busco.  
Probaré, nada se pierde ).  
¿Qué estais diciendo, señor?  
Nunca tal cosa creyere.  
¿Sospechais que muertas ellas  
en hablar se entretuviesen?  
Jamás hubiera creído  
que tanto crédito diéseis  
á lo que tal vez un chusco  
por divertirse lo hiciere.

D. JUAN. ¡Camacho!

CAMACHO. Quizás soñásteis.

D. JUAN. ¡Imposible! si parece  
que aquellas voces purísimas  
aquí el corazon las siente.

CAMACHO. Creer que los muertos hablan,  
me dijisteis varias veces  
que era sandez, y por tanto,  
que nunca debia creerse.

¿Cómo, vos, ireis ahora  
á dar crédito á sandeces?

D. JUAN. ¿Si dirá verdad Camacho?  
si solo una broma fuese  
con que en Sevilla mañana  
los necios se entretuviesen...  
Mas si en el alma he sentido...  
¡Ay! si atrevido pretende

burlarse alguno de mí...

CAMACHO. Y prueba de que no miente  
mi labio, cuando supone  
lo que debe suponerse  
que... mirad cuan calladitas  
las dos damas permanecen.

D. JUAN. Es verdad. Para sacarme  
de esta duda que me hiere  
¿por qué no habláis? Contestad.  
(*Á las estatuas*).

CAMACHO. ¿Las veis, señor? no se mueven.  
Lo dicho, alguno que os vió  
saltar por esas paredes  
y ha querido divertirse  
á nuestra costa.

D. JUAN. (*Tratando de desechar las ideas que le embar-*  
*gan*).

Si, tienes  
razon. Mas por un momento  
llegué el milagrò á creerme...  
y hasta he sentido pavor...  
¡pavor D. Juan, que no teme  
ni á los vivos ni á los muertos!

CAMACHO. Marchemos.

D. JUAN. Espera.

CAMACHO. Viene

ya el dia.

D. JUAN. Quanto mas pienso  
que aquí-servi de juguete  
á cuatro necios, te juro  
que en ira el pecho se enciende,  
y quisiera demostrarles  
que D. Juan á nadie teme.

CAMACHO. Ya lo mostrareis mañana,  
si hay alguien que el lance cuente.

D. JUAN. No tal, que voy ahora mismo



á dar prueba bien patente  
de que ni muertos ni vivos  
pavor me infundió esa gente.

*(A las estátuas).*

Elegid entre vosotros  
uno ó todos, cual quisiéreis,  
para venir á cenar  
conmigo.

CAMACHO. ¡Señor!

D. JUAN. Detente,

y déjame que concluya.

Que aceptareis me parece,  
que de grado yo os lo ofrezco  
y debéis favorecerme.

Si tú solo, D. Gonzalo,  
cenar conmigo apeteces,  
mañana te espero en casa;  
y si todos, no me ofenden,  
que siempre D. Juan Tenorio  
supo obsequiar á sus huéspedes.

CAMACHO. *(¡Ay! ¡Cielos! Por enmendarlo  
echélo á perder con creces).*

D. JUAN. ¿Aceptas, Comendador?

*(La estatua hace un movimiento afirmativo con  
la cabeza).*

CAMACHO. ¡Jesús!

*(D. Juan se inmota, pero se repone al momento).*

D. JUAN. Bien. ¿Ninguno quiere  
de vosotros? Nada importa,  
bastante tengo con este.

CAMACHO. *(Ya lo creo, y ese sobra  
para darme un accidente).*

D. JUAN. Ahora, Camacho, andando.  
Veremos quién se divierte.

## MUTACION.

Sala corta en casa de D. Juan. Al levantarse el telon Camacho aparece por la izquierda dirigiéndose á los criados que sacan una mesa servida.

## ESCENA IV.

CAMACHO *y* CRIADOS.

CAMACHO. Sacad la mesa á esta sala  
que es lugar mas apartado.  
Poned bien esos sillones.  
Dios le bendiga á mi amo  
con sus terribles manías.  
Tiemblo como un azogado,  
pensando si vendrá el muerto  
como dijo, á visitarnos.  
Ya se dirigen aquí  
D. Juan y los convidados...  
Quiera Dios que este convite  
no termine en un escándalo.

## ESCENA V.

*Dichos*, D. JUAN, MARQUÉS *y* CONVIDADOS.

D. JUAN. Vamos señores, pasad.

Ea, á la mesa; sentaos,  
mas respetad esta silla.

MARQUES. ¿Aguardamos convidado  
ó convidada?

D. JUAN. Quien sabe:  
una sorpresa os preparo.

MARQUÉS. Tras de dos años de ausencia,  
en nada habeis cambiado.

D. JUAN. Sí por cierto, fui mas mozo,

y vuelvo viejo en dos años.

CABALL. 1.º Pero el alma siempre jóven.

D. JUAN. ¡No veis que la guarda el diablo!

MARQUÉS. Con que, decidnos D. Juan,  
¿vais á seguirnos guardando  
el secreto de esa silla?

D. JUAN. Si prometeis no asuñtaros...

MARQUÉS. ¡Asustarnos!

D. JUAN. ¡Sí por Dios!

MARQUÉS. Mal D. Juan nos hais juzgado.

CABALLEROS Decidlo.

D. JUAN. Mucho me temo.

CABALLEROS Hablad.

CAMACHO. (¡Qué soberbio trago  
vais á beber! Yo le tengo  
aquí, y aun no ha pasado).

D. JUAN. ¿Pero no os asustareis?

MARQUÉS. ¿Tan espantoso es el caso?

D. JUAN. Como mio.

MARQUÉS. Decid, pues.

D. JUAN. Ese asiento está guardado  
para un muerto.

TODOS. (*Riendo*). Ja, ja, ja.

CAMACHO. (Reid, reid, mentecatos,  
que yo, de pensarlo solo,  
apenas sé lo que hago).

CABALL. 1.º ¡Qué ocurrencia!

MARQUÉS. Este D. Juan  
con todo está bromeando.

D. JUAN. No hay tal broma; es la verdad.  
Anoche, recién llegado  
á Sevilla, tuve un lance,  
que lances doquier me hallo,  
y tras alguna estocada  
y algun colete rajado,  
para evitar una ronda

tuve que ponerme en salvo.

**MARQUÉS.** ¿Pues, fue tan récio el asunto?

**D. JUAN.** Eran tercios los hidalgos,  
y dos quedaron en tierra.  
Pues, como os iba contando.  
Un tapial mi vista alcanza,  
llega en mi ayuda Cam cho,  
y el uno, despues del otro,  
al lado opuesto pasamos.  
Procuré orientarme entonces,  
y entre sepuleros me hallo;  
y así, huyendo á los vivos  
los muertos me dan amparo.  
Comienzo á reconocer  
el lugar donde he entrado,  
y de D. Luis de Fresneda  
miro la estatua de marmol.  
Mas allá el Comendador  
sobre su tumba está orando,  
y voy encontrando amigos  
conforme voy dando pasos.  
Ya sabeis que soy cortés  
y agradecido, pensando  
corresponder al servicio  
que en su casa me prestaron,  
invitéles á cenar.

**MARQUÉS.** Pero D. Juan...

**D. JUAN.** D. Gonzalo  
me parece que aceptó,  
y ya lo veis, aun le aguardo.  
*(Varios caballeros se levantan).*

**MARQUÉS.** ¿Sabeis que es broma pesada,  
si de broma habeis hablado?

**D. JUAN.** Jamás hablé mas formal.

¿Sentís repugnancia, acaso,  
á compartir vuestra cena

con aquel buen D. Gonzalo,  
á quien en vida apreciásteis  
por lo afable y por lo hidalgo?

MARQUÉS. Para vos, D. Juan, no existe  
ni de la muerte el sagrado.

D. JUAN. Vamos, señores, mas calma,  
Por Cristo, tranquilizaos;  
y pues que aun no ha venido,  
bebamos, Marqués, bebamos.

MARQUÉS. Brindemos, si así os parece,  
al placer de recobraros.

*(Se levantan con las copas. Varios criados en-  
tran y apartan las sillas. A los primeros golpes  
de orquesta se siente un aldabonazo dentro. Mo-  
mento de sorpresa. Camacho empieza á temblar).*

D. JUAN. Aceptado. Vuestras copas.  
Escancia vino, Camacho.  
*(Al golpe Camacho tira la botella).*

CAMACHO. ¡Jesucristo!

MARQUÉS. ¿Qué sucede?

D. JUAN. Abre, y brindemos en tanto.

## CANTO.

### Coro.

No hay en el mundo un placer  
como el placer del amor,  
ni hay otro goce mayor  
como el goce de beber.

Llenad las copas,  
llenadlas bien;  
no hay otro goce  
como el beber.

*(Suená otro golpe mas cerca).*

## HABLADO.

MARQUÉS. Llamaron.

- CAMACHO. ¡Y ya mas cerca!  
D. JUAN. Mira quien llama, Camacho.  
CAMACHO. Señor, señor, si ya voy.  
¡Dios me coja confesado!  
D. JUAN. ¿Qué es eso? ¿ya no bebeis?  
MARQUÉS. Sí, sí; bebamos, bebamos.

### CANTO.

#### CORO.

Para vivir y gozar  
se hizo el vino y la mujer,  
con ellos el padecer  
conseguimos olvidar.

Llenad las copas,  
llenadlas bien;  
no hay otro goce  
como el beber.

*(Suenan mas cerca otro golpe).*

#### HABLADO.

- CAMACHO. ¡Jesús me valga.  
D. JUAN. ¿Qué haces?  
¿no sientes que están llamando?  
CAMACHO. ¡Por sentirlo, estoy sintiendo  
un temblor endemoniado!  
MARQUÉS. ¡Y los golpes son mas cerca!  
CAMACHO. ¡Y tan cerca!  
D. JUAN. Vamos, vamos,  
sal á ver quien viene ahora.  
CAMACHO. ¿Quién ha de ser? D. Gonzalo.  
TODOS. *(Asustados).*  
¡D. Gonzalo!  
D. JUAN. Si está muerto,  
¿por qué teneis que asustaros?  
A beber. *(Á Camacho).* Y tú al momento  
á obedecer mi mandato,

ó si no, juro á mi nombre...

AMACHO. ¡Ay! no jureis, ya me marchó.

*(Vase Camacho, foro).*

D. JUAN. ¡Bravo! á beber camaradas,  
¿qué os sucede? ¿estais temblando?

MARQUÉS. No tal, no tal á beber.

D. JUAN. Así me agrada; bebamos.

*(Se repite la última estrofa del brindis. Al terminar suena un golpe en la puerta de la sala. Todos se asustan, se abre la puerta y entra Camacho desparorido, cierra la puerta y se abre la pared y aparece el Comendador. A su aparición queda el teatro oscuro y huyen los convidados, quedando solos D. Juan y el Comendador).*

AMACHO. ¡Jesús me valga! ¡Socorro!

D. JUAN. ¿Qué te sucede Camacho?

AMACHO. Aquí llega.

D. JUAN. ¿Quién, imbécil?

AMACHO. *(Cerrando la puerta).*

Mas, no entrará. ¡Cielo santo!

*(Buena pausa).*

## ESCENA VI.

D. JUAN y D. GONZALO.

D. GONZ. D. Juan, como te ofrecí,  
hasta tu casa he venido.

D. JUAN. Aunque un poco tarde ha sido,  
de obsequiarte trataré.  
Asustaste á mis amigos,  
y por cierto, que me pesa,  
mas... vamos, ven á la mesa,  
y á tu lado cenaré.

D. GONZ. No vine á cenar aquí,  
ven á mi tumba, y dispuesta

hallarás la mesa puesta,  
y muy grata sociedad.

D. JUAN. ¿Desdeñas mi ofrecimiento?

D. GONZ. He venido á visitarte.

D. JUAN. Pero no quieres sentarte,  
y me ofendes, en verdad.

D. GONZ. No me agradan tus manjares.

D. JUAN. Dijérasme los que quieres.

D. GONZ. Ó ven conmigo, ó no esperes  
que mas me detenga aquí.

D. JUAN. Iré porque no sospeches  
que me inspiraste pavora.  
Vamos, pues.

D. GONZ. (*Cogiéndole de la mano*).

    Mi sepultura  
tan solo te aguarda á tí.

D. JUAN. ¿Qué dices?

D. GONZ.                   Que sin saberlo  
tú mismo te has condenado,  
mi convite has aceptado,  
y ya en mi recinto estás.

(*Transformacion á la vista en el cementerio. En  
la tumba de D. Gonzalo una mesa y dos platos  
con fuego y ceniza*).

D. JUAN. Cielos, que dice tu voz.

D. GONZ. Que tu fin está cercano.

D. JUAN. Suelta, por Dios, esa mano.

D. GONZ. ¡Insensato, no te irás!

### CANTO.

D. JUAN.

¡Oh!...

D. GONZALO.

Llegó el postrer momento,  
tu muerte está cercana,



te aguarda ya el infierno,  
no hay para ti piedad.  
*(Se oyen doblar las campanas, brillan los fue-  
gos fatuos en las sepulturas).*

CORO FÚNEBRE.

D. Juan, llegó el momento,  
tu muerte esta cercana,  
el cielo tu extravío  
al fin va á castigar.

D. JUAN.

¿Qué dicen esos cantos?  
¿qué dice esa campana?  
Responde, D. Gonzalo,  
responde por piedad.

D. GONZALO.

El cielo en su clemencia,  
D. Juan, te dió el aviso,  
mas, tú le has despreciado  
con loca ceguedad.

D. JUAN.

Aparta, no me toques,  
tu voz me hace temblar.

D. GONZALO.

No puedes escaparte,  
ya en mi poder estás.

D. JUAN.

*(Haciendo un esfuerzo y desasiéndose de D. Gon-  
zalo).*

Si un momento solamente  
me puede al fin salvar,  
Dios mio, yo en ti creo,  
me humillo á tu piedad.

ESCENA VII.

*Dichos y las estatuas de D.<sup>a</sup> ANA y D.<sup>a</sup> BEATRIZ.*

*(Descienden estas desus pedestales, salen del sepulcro y se colocan á cntrambos lados de don Juan. D. Gonzalo trata de disputárselo).*

D.<sup>a</sup> ANA, D.<sup>a</sup> BEATRIZ y D. GONZALO.

Tu voz el cielo ha oído,  
Salvado al fin estás.

D. JUAN.

Dios mio, yo en tí creo,  
me humillo á tu piedad.  
*(Golpe de tantan, húndense las estatuas con don Juan, y D. Gonzalo).*

APOTEOSIS.

*(El fondo del cementerio se transforma en un templo rodeado de nubes y lleno de ángeles, viéndose ascender por él las estatuas de D.<sup>a</sup> Ana y D.<sup>a</sup> Beatriz, sosteniendo el cuerpo de D. Juan).*

CORO DE MUJERES.

Gloria eterna,  
al Dios piadoso,  
que aunque fuerte  
en castigar,  
al humilde  
arrepentido,  
jamás niega  
su piedad.

*(Cae el telon).*

